LA MORISCA DE ALAJUÁR,

COMEDIA

EN TRES JORNADAS.

DE

DON ANGEL DE SAAVEDRA,

Duque de Rivas.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

PERSONAS.

DON FERNANDO.
MARIA, *morisca.*
MULIM-ALBENZAR, *morisco.*
EL CONDE DE SALAZAR.
FELISA, *cristiana.*
ABDALLA, *Alfaquí morisco.*
EL MARQUES DE CARACENA.
EL COMENDADOR MAYOR.
EL CAPITAN GARCIA.
UN SARGENTO.
CORBACHO.
MALEC, *morisco.*
ZEIR, *morisco.*
UN SECRETARIO.
UN ALCAIDE.
DONCELLAS ALDEANAS, *moriscas.*
PASTORES, *moriscos.*
MORISCOS CONJURADOS.
SOLDADOS ESPAÑOLES.

La accion pasa en el reino de Valencia á fines del año de 1609, *y principios del de* 1610.



Jornada primera.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuár, rodeada de ásperos montes.—Despues de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez ó doce jóvenes ALDEANAS moriscas, y detras de ellas MARIA y FELISA: todas con cantarillos, como que van por agua á la fuente.

1.ª *Aldeana.* (*Canta dentro.*)
No tenga fé ni esperanza
quien no estuviere en presencia.

Todas. (*En coro, dentro.*)
Pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

Salen TODAS.

2.ª *Aldeana.* (*Canta.*)
Quien quisiere ser amado
trabaje por ser presente;
que cuan presto fuere ausente
tan presto será olvidado.

1.ª *Aldeana.* (*Canta.*)
No tenga fé ni esperanza
quien no estuviere en presencia.

Todas. (*En coro cantan.*
Pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia. (*Vanse.*)

Maria. (*Deteniendo á Felisa.*)

Déjalas llegar, amiga,
al dulce raudal, y aquí
queda un rato junto á mí,
á consolar mi fatiga.
Que esa insensata cancion,
con que dan vida á este egido,
todo un infierno ha metido
en mi roto corazon.
Y miente la letra, miente,
pues amor que no es vulgar
nunca mas firme ha de estar
que cuando está en un ausente.

Felisa. Singular es tu constancia,
ó hermosísima Maria,
y ese amor que desafia
al tiempo y á la distancia.
En hora menguada vino
don Fernando á este lugar
tu tierno pecho á enredar
en tan ciego desatino.

Maria. No digas eso, que yo
bendigo el feliz momento
en que para alojamiento
mi casa y mi pecho halló.
En aquella temporada,
que le tuve junto á mí,
tan venturosa me ví,
y tan amante y amada,
que con su recuerdo solo
soy la mas feliz muger,
que en el orbe puede haber,
desde un polo al otro polo.
Y un porvenir tan risueño
de encanto y felicidad
se presentó á mi ansiedad,
que voy tras él con empeño.

Felisa. ¡Ay que los recuerdos son
dejos de un bien acabado;
y un porvenir no ha pasado
jamás de incierta ilusion!
No es, no, tan desatinada
la letra de ese cantar,

que solo te da pesar
porque estás alucinada.
Si tuvieras mi esperiencia,
(ya la tendrás algun dia)
conocieras, hija mia,
de tu pasion la demencia.
No es decir que quepa engaño
en el pecho de tu amante:
será muy firme y constante:
pero está sin verte un año!

Maria. Cuando ¡ay de mí! se marchó
de esa Flandes á la guerra,
antes de un año á esta tierra
volver amante juró.

Felisa. Ya el año cumplido es.

Maria. Y yo con gran fé lo aguardo,
que no es, Felisa, retardo
solo el retardo de un mes.

Felisa. De los que se van, dejando
en España empeños locos,
á esa Flandes, vuelven pocos.

Maria. Uno será don Fernando.
Si conocieras, amiga,
los estremos de su amor,
de su palabra el valor,
y de su alma, que bendiga
Dios, los dotes celestiales,
como yo los conocí;
no me afligieras así,
con desconfianzas tales.
Vendrá, ama mia, vendrá.

Felisa. ¿Pero aunque vuelva, qué esperas?....
Quien eres no consideras,
ni sabes quien él será.
Tú, morisca....

Maria. (*Con viveza.*) Yo, cristiana.

Felisa. (*Con ternura.*) ¡Hija idolatrada!.... Sí,
que de madre te serví
desde tu niñez temprana,
y con mi leche mamaste
la fe mas pura y leal,
siendo mi gozo cabal,

porque en ella te afirmaste.
Y tu sangre misma... ¡ay triste!
sin madre desde la cuna....
Dios te ha dado la fortuna
de que en mis brazos creciste.
—Pero al asunto tornando
de tu amor, pues con razon
se me parte el corazon
otros tiempos recordando:
te diré que aunque cristiana,
eres morisca, Maria,
en quien nunca halla hidalguía
la soberbia castellana.
Y de tu amante, aunque sea
falso el nombre que nos dijo,
la ilustre alcurnia colijo
de la insignia, que campea
roja en su pecho español:
¿y te querrá para esposa,
aunque te adore cual diosa,
y le parezcas un sol?

Maria. (*Con dignidad.*) Hubo moros caballeros,
y moros reyes tambien.
¿Y quién quitar puede, quién
su sangre á sus herederos?
La familia de Albenzar,
por mas que el hado la humilla,
ni á los reyes de Castilla
nobleza debe envidiar.
Que en los muros de Jaen
ha dejado fama eterna,
y hoy un Albenzar gobierna
las torres de Tremecén.
Y si la cristiana cruz
aun lo mas vil avalora,
no ha de oscurecer ahora
de mi nobleza la luz.

Felisa. (*Aparte.*) En cuanto hace, piensa y dice
descubre su sangre hidalga.
....¡Oh recuerdos!....Dios me valga,
no sé si bien ó mal hice.
(*Alto.*) ¡Ah! si insensatos no fueran

de tu morisca nacion
los nobles, con mas razon
de su estirpe alarde hicieran.
Tal vez cual cristiana vieja
y cual de sangre española
pienso yo.

Maria. No eres la sola:
pues á mí tambien me aqueja
ver á la raza africana,
ya española, y que debia
con noble y leal bizarría
ser española y cristiana,
cerrar con obstinacion
los ojos á la verdad,
y buscarse, ó ceguedad,
continua persecucion.

Felisa. ¿Tu talento ha traslucido
los altos intentos?....

Maria. Sí,
los intentos locos dí,
y que el corazon partido
me tienen, pues los cristianos
los conocen y los ven,
y alistan fuerzas tambien
para que resulten vanos.
Verás pues que los rigores
que dos veces se temieron,
y que evitarse pudieron,
van á renacer mayores.
Y verás de los moriscos
en la osada resistencia
solo una ciega demencia,
que ensangrentará estos riscos.

Felisa. Pues tu padre es....

Maria. Harto lloro
la obstinacion en que vive,
y ese obsequio, que recibe
de todo este pueblo moro.

Felisa. (*Con burla.*) ¿Esperanzas no te dan
esas cosas que han contado
de Alfatim, el encantado
en las sierras de Espadán,

de quien dice el Alfaquí,
que sobre un verde corcél
el imperio de Ismaël
ha de restaurar aquí?

Maria. (*Con desprecio.*) Yo soy, Felisa, cristiana,
cristiana de corazon,
y oigo con indignacion
esa creencia musulmana.
Solo desdichas espero
de ese ardor mal entendido,
que en nuestra gente ha encendido
tanto ambicioso embustero.
—Mas no hablemos de esto, no:
hablemos de don Fernando,
á quien estoy esperando
con el alma toda yo. (*Voces dentro.*)

Una. Detente!....

Otra. A la ladera....

Otra. Atajad por aquí.

D. Fern. (*Dentro.*) ¡Cielos!

Corbacho. (*Dentro y muy lejos.*) Espera.

Maria. (*Sobresaltada.*) ¿Qué acento da ese monte,
que poblando de horror el horizonte,
causa en mi corazon mortal desmayo?

Felisa. (*Asombrada y mirando adentro.*)
Como encendido rayo
ó perdido cometa,
desbocado bridon, que no sujeta
el freno roto ya, veloz se mete
con peligro espantoso del ginete
en lo mas intrincado de esas breñas.

Maria. (*Mirando adentro.*)
Sí, ya le veo entre las altas peñas,
que exhalacion parece;
y su dorada piel, que resplandece
del sol á las vislumbres,
enciende con relámpagos las cumbres.
Dijérase que uniendo va con saltos
las bajas nubes y los montes altos.

Felisa. ¡Cuán firme el caballero
sobre la espalda va del monstruo ñero,
¡o desdichada suerte!

despeñado á los brazos de la muerte!
(*Asustada, y en ademan de huir.*)
Hácia aquí viene.... Huyamos,
que á ser despojo de su furia vamos.

María. (*Horrorizada, y apartando la vista.*)
Precipitóse!.... cielos!.... ¿No lo viste?
¡Espectáculo triste!....
tropezó con un risco,
que es ya de su sepulcro el obelisco.

Felisa. (*Mirando adentro con ansiedad.*)
Ya acuden los pastores....
Quieran del cielo airado los rigores....

María. (*Desalentada.*)
Vamos.... démonos prisa
Vamos allá, Felisa.... (*Titubeando.*)
Mas ¡ay!.... andar no puedo....
rémora de mis plantas es el miedo.
¡Ay de mí desdichada!
(*Cae desmayada en brazos de Felisa.*)

Felisa. (*Sosteniéndola.*)
¡Cielos!.... ¡cielos!.... ¡María desmayada!
Ya en gualdas se han tornado
las rosas de su rostro delicado.
Y la boca entreabierta,
y los labios de hielo
parecen ¡ay! la puerta
por do quiere volar el alma al cielo.
—¡María!.... ¡Ay de mí triste! Ya me falta
vigor para en mis brazos sostenerla,
sobre este césped que el abril esmalta,
mientras busco socorro he de ponerla.
Y corriendo á la fuente
agua traeré con que regar su frente.
(*La coloca á un lado sobre un ribazo.*)
¡Ay cielos!.... ¡Hija mia!
caduco miro en su semblante el dia. (*Vase.*)

Sale DON FERNANDO, descompuesto, sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, lleno de lodo, y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro ó seis PASTORES moriscos.

D. Fern. Yo os adoro rendido,

o Dios omnipotente y bondadoso,
que en peligro tan grave y espantoso
amparado me habeis, y defendido.
Y á vos; ó buena gente,
gracias os doy postrado,
pues tan caritativa y diligente
para darme socorro habeis volado.
Retiraos: no fué nada
el golpe: la maleza enmarañada
lo quebrantó de modo,
que lo que sangre fuera, solo es lodo.
Esa vecina fuente
me dará refrigerio competente
para el susto en sus plácidos cristales.
Tornad á esos fragosos peñascales,
en pos del bruto alado,
que tal vez del ladrido importunado
de vuestros fieles perros,
desatado huracan, cruzó los cerros,
hundiéndose á sí mismo
y á mí con él en tan profundo abismo.
Si le hallais vivo, os ruego
que de mano al lugar lo lleveis luego.
Y os conjuro busqueis á un fiel criado,
que al mirarme empeñado
en tan tremendo lance,
por socorrerme se arrojó al alcance.
Y aun le escucho perdido en esas breñas
darme de su lealtad con llanto señas.
(*Vanse los pastores.*)
Allí la clara fuente me convida
con su líquido hielo. (*Repara en Maria.*)
Mas... ¿qué es esto que miro?... ¡Santo cielo!..
desmayada ó dormida
una muger sobre la yerba yace:
y mi pecho al mirarla se deshace.
(*Se acerca y la reconoce.*)
¡Infelice de mí!.... ¿Delirio?.... ¿Sueño?....
mi dulce encanto, mi adorado dueño.
¡Oh celestial Maria!
¿Así te encuentra, oh Dios, el ánsia mia?....
¡oh!.... despierta mi bien, mi amor despierta.

(*La mueve y examina.*)
¡Cielos!... helada.... yerta.
¡ay!.... ¡para hallarla así salvé la vida!!!
....siempre una desventura
es de otra mas atroz prenda segura.
¡Maria!.... ¡mi Maria!.... ¡Oh Dios!....
(*La observa.*) Acaso
á la respiracion aun lento paso
da el labio desteñido,
y del todo el calor aun no ha perdido.
para poderle dar presto socorro
hácia la fuente arrebatado corro.
(*Va á marchar y se detiene.*)
Mas aquí una aldeana á toda prisa
desde la fuente viene.
Y con agua vendrá, puesto que tiene
un cántaro en la mano.... ¡Ay que es Felisa!

Sale FELISA con un cantarillo, y se detiene al ver á D. FERNANDO.

Felisa. ¿Un caballero allí?... ¿qué importa? Vuelo,
que en desmayo mortal yace en el suelo.
(*Se acerca y reconoce á D. Fernando.*)
¡Oh señor don Fernando!

D. Fern. ¡Ay Felisa!.... ¿Qué es esto?

Felisa. Desventuras, señor.

D. Fern. Con agua presto
regad el rostro de azucena.

Felisa. Cuando
de breñas el confuso laberinto
cruzar vió á un despeñado, que sin duda
erais á lo que infiero,
por amoroso instinto
os conoció tal vez, y yerta y muda
cayó cual veis.
(*Salpica con agua el rostro de Maria.*)

D. Fern. ¡Oh celestial Maria!
(*Se sienta junto á ella, la incorpora sosteniéndole la cabeza.*)

Felisa. Ya torna en sí.

D. Fern. Torna á lucir el dia.
¡Maria!

Maria. (*Volviendo en sí.*)
¿Dónde estoy?....
D. Fern. Sobre mi pecho.
Maria. (*Desalentada.*)
¿Y el infelice, que pedazos hecho....
D. Fern. (*Arrojándose á sus pies.*)
A tus plantas tu vida idolatrando.
Maria. (*Abrazándolo trasportada de gozo.*)
¿Deliro?.. ¡Oh confusion!.. ¡Cielos!... ¡Fernando!
(*Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento.*)
Maria. ¿Es engaño?.... ¿es ilusion?
¿Estoy soñando ó despierta?....
Mi oprimido corazon
duda, y duda con razon,
que sea tanta dicha cierta.
D. Fern. Sí, hermosísima Maria,
tu tierno y rendido amante
torna amoroso y constante
á tus plantas este dia,
de un gran peligro triunfante.
Que para poder lograr
tan alta y dichosa suerte,
cual es la de merecerte,
es fuerza antes arrostrar
los peligros de la muerte.
Maria. ¿Con que fuisteis vos, Fernando,
fuisteis vos, aquel que ví....?
D. Fern. Divino dueño, yo fuí
el que esos cerros salvando....
Maria. ¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!
—¿Y no os habeis hecho nada
con un golpe tan tremendo....
¡ay de mí! que os estoy viendo,
Y aun indecisa y turbada
que deliro estoy creyendo?
D. Fern. De un angel en la presencia
nunca puede ocurrir mal,
y tú el ángel celestial
fuiste, que la Providencia
me dió en el trance mortal.
Maria. (*Sobresaltada.*) Pero aun estais demudado.

.... con sangre en el rostro.... sí.

D. Fern. Acaso cuando caí
entre el ramage acopado
sin yo sentirlo me herí.
Mas no es nada.

Maria. (*Afligida.*) La caida
resultas puede tener....

D. Fern. (*Con gran ternura.*)
Pues ya os he llegado á ver,
segura tengo la vida,
y nada debo temer.

Maria. (*Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de Felisa.*)
¡Ah! Bebed, bebed os ruego....
Que os limpie el rostro dejad.
(*Se le limpia con el delantal.*)
¡Ay!.... no cesa mi ansiedad,
no puedo lograr sosiego
al veros así.... Tomad.
(*Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose á Felisa.*)
Ya ves, ya ves, ama mia,
si esperaba con razon,
si mi amante corazon
con motivo desmentia
la impertinente cancion.

D. Fern. (*Al acabar de beber.*)
Agua dada por tu mano,
o Maria angelical,
medicina es celestial,
es bálsamo sobrehumano
capaz de hacerme inmortal.

Sale CORBACHO muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago, de don Fernando.

Corbacho. Pues, señor, yo lo celebro.
Cuando encontrarte crei
al pie de un áspero risco,
hecho pedazos dos mil,
tornando los arroyuelos
en espumoso carmin,
y las yerbas de esmeralda

en corales ó en rubís;
te encuentro, Dios te bendiga,
cual nunca sano y gentil,
sentado en pintadas flores,
y en brazos de un serafin.
Si de todas tus caidas
te levantas tan feliz,
vive Dios que á cada instante
á despeñarte has de ir.

Maria. ¡Corbacho!

Corbacho. ¡Señora mia!....
¡Felisa!

Felisa. ¿Tú por aquí?

Corbacho. La soga tras el caldero,
tras de su dueño el mastin.
Pero, señor, ¿estás vivo?....
....¿Estás vivo, sin mentir?
Pues segun ha sido el golpe
me asombro de verte. Y si
estás ya muerto, y tan solo
eres ánima sutil,
me has dado el chasco mas grande....

D. Fern. No entiendo.... ¿qué chasco?.... di.

Corbacho. ¿Pues, qué, te parece flojo?
Pudiera yo discurrir
jamas, sabiendo quien eres,
y como vives, en fin,
que sin confesion muriendo,
te encontraras en un tris,
no digo en el purgatorio,
dueño de la gloria así?

D. Fern. Y qué bien, amigo, dices
porque mi gloria está aquí.
La presencia de Maria,
luz de mi estrella feliz,
me alcanzó con su influencia,
y me salvó de morir.

Corbacho. Si conforme diste en blando
sobre el mullido cogin
de lantiscos y retamas,
contra el peñasco, que allí
está á dos dedos, te dieras

el coscorron, juro á mí
que del mundo las Marias
todas, aunque sean cien mil,
ni las Blasas, ni las Petras,
ni las Victorianas, ni
las Alfonsas te libraran,
(aunque estrellas del Zenit,
y flores del Paraiso
fueran en brillo y matiz)
de ser hoy huevo estrellado
ó tortilla en peregil.
Mas ponte, señor, la capa,
toma el sombrero, que así
pareces una figura
de un desgarrado tapiz.

(*Don Fernando se levanta y ayudado por Corbacho se pone la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo, y se pone el sombrero, siguiendo entre tanto el diálogo.*)

¿Pero esto al cabo qué ha sido?
pues no lo sé, aunque lo ví.

D. Fern. Al embestirme los perros,
que salieron del redil,
un bote dió mi caballo,
por sujetarlo rompí
el freno, y partió furioso.

Corbacho. ¡Endemoniado rocin!
despues de catorce leguas,
que no son grano de anís;
y de, sin descanso alguno,
desde Flandes hasta aquí
jornada tras de jornada,
y no muy cortas, venir!

D. Fern. No he visto otro mas lijero:
era un corzo, era un neblí.

Corbacho. Un desatado demonio
debieras, señor, decir.

D. Fern. ¿Y lo encontraron?

Corbacho. Tendido
y harto mal trecho. Hácia allí
se lo llevan los pastores,
desencajado un cuadril.
—Mas en Alajuár entremos

señor, y mira por tí.
Date luego una sangría,
pues suelen despues salir
resultas de estos porrazos.

María. (*Levantándose con viveza.*)
¡Ay mi don Fernando!.... Sí,
vamos al punto á mi casa
donde os saldrá á recibir
mi buen padre con los brazos,
dándose por muy feliz
de que á honrar vuelva su choza
caballero tan gentil.

D. Fern. Vamos pues á donde quieras,
ó divino querubin,
tan encantado me encuentro
en estando junto á tí,
que cualquier parte del mundo
es el cielo para mí. (*Vanse.*)

Corbacho. Vamos Felisa que el susto,
y el vocear, y el gemir
me han abierto el apetito.

Felisa. (*Recogiendo su cantarillo y el de María.*)
Corbacho, á almorzar venid. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Sala de ayuntamiento de la villa de Alajuar, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR, y diez ó doce MORISCOS de distincion, vestidos todos con bragas á la morisca y borceguíes, ropilla y capa á la española, sin golilla ni gorguera, y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entonces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto á ALBENZAR.

Albenzar. Pues que don Diego Quijano
se ausentó con Pedro Rueda,
y por fortuna no queda
aqui ya ningun cristiano;
siendo los dos solamente
los que en nuestro ayuntamiento
este año tienen asiento;

vamos á lo mas urgente.
Lisongeras y propicias
de todo aqueste contorno,
para el pensado transtorno
son las últimas noticias.
Y ha nuestro Alfaquí llegado
de Valencia hace un instante,
con una nueva importante,
segun me ha participado.

Malec. En mi casa está escondido
aguardando la ocasion.
Y por la gran confusion
que en su semblante he advertido
algun grave mal sospecho;
aunque no me ha dicho nada,
pues sabeis que es estremada
la reserva de su pecho.

Albenzar. Que lo mas seguro es
pienso, el recibirle aqui.

Zeir. Venga al punto, venga, sí.

Malec. (*Receloso.*) ¿No fuera mejor despues
verle en mi casa, no sea
que al atravesar la calle
algun cristiano le halle?

Albenzar. Nada importa que le vea
el mismo alcalde mayor.
Pues en este ayuntamiento
el Alfaquí tiene asiento,
que es nuestro procurador.
Y siendo hoy fiesta cristiana,
los cristianos de Alajuár
reunidos han de pasar
en su iglesia la mañana.
(*A Malec.*)
Llégate al punto por él
y torna al momento.

Malec. (*Abatido.*) Voy;
mas de temor lleno estoy.
¡Pobre pueblo de Ismael! (*Vase.*)

Albenzar. Me pasma su desaliento,
cuando jamas la fortuna
presentó á la media luna

tan favorable momento.
El celo del islamismo
inflama los corazones
de nuestros claros varones,
que ansian con santo heroismo
tantas afrentas vengar;
y en justa y reñida guerra
el dominio de esta tierra,
cual valientes, restaurar.
Alá bendice este celo
y nuestra santa intencion,
de lo cual indicios son
esos cometas del cielo,
y esas voces de metal,
que en Velilla han resonado,
y que á España toda han dado
un desaliento mortal.
Llegado es sin duda el dia
en que de Espadan la sierra
truene, y anuncie la guerra,
cumpliendo la profecía
del glorioso desencanto
del Alfatin, que en su bridon
de esmeraldas, el pendon
alzará del orbe espanto.
En nuestro favor hoy sopla
el viento de la fortuna,
contamos sin duda alguna
con Francia y Constantinopla.
Mi primo, que á Tremecen
rige, sus naves apresta:
la ocasion segura es esta,
¿quién podrá dudarlo, quién?
Del Alfaquí las noticias...
¿por qué malas han de ser?...
Yo espero, y lo vais á ver,
que han de sernos muy propicias.

Zeir. Con Malec hácia aqui viene.

Salen MALEC y ABDALLA alfaquí, con barba larga de anciano. Sobre el trage morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío.

Albenzar. (*Con afecto.*)
¡O Abdalla!... Seas bien llegado...
Todos. (*Rodeándole.*)
¡O Abdalla!...
Zeir. ¡Cuán deseado!
Malec. (*Aparte.*) ¡Qué aspecto tan triste tiene!
Abdalla. (*Con tono solemne.*)
Dios es grande, Dios es grande.
Y aquello que escrito está
sin falta se cumplirá.
Albenzar. Cúmplase, pues, lo que él mande.
Zeir. Abdalla, de tu espresion
y de tu rostro colijo,
y me confundo y me aflijo,
que tus nuevas malas son.
Malec. Hablad, las nuevas decid...
Abdalla. Dios es grande. Reverente
postrarse debe el creyente...
Albenzar. (*Impaciente.*) ¿Pero qué nuevas?...
Abdalla. Oid.
Noble Mulim-Albenzar,
y generosos varones,
víctimas de los pecados
de nuestros claros mayores,
pero que al profeta fieles
y á la gloria de su nombre
ansiais restaurar su imperio,
que debe regir al orbe:
sin que desaliento siembren
en vuestros pechos mis voces,
atentamente escuchadlas,
y resolved lo que importe.
Pues tal vez cuando mas recia
la borrasca el aire rompe,
mas cerca está la bonanza
que en bien las desdichas torne.
A veces quiere fortuna,

redoblando los rigores,
de sus predilectos hijos
el temple y constancia noble
probar, y obstáculos nuevos
á empresas altas opone
adrede, porque la gloria
de quien los vence sea doble.
Pasé á Valencia la insigne,
cual sabeis, con intenciones
de recibir las respuestas
que de la francesa corte,
y de la imperial Bisáncio
esperábamos. Y acordes
el rey Eurico de Francia,
y el Gran Señor sus favores,
y su poderoso auxilio
nos ofrecen.

Malec. Pues entonces...
con un socorro tan grande...

Zeir. ¿Qué habrá, dí, que nos asombre?

Abdalla. Ved que solo con ofertas
ambos príncipes responden;
con ofertas de ayudarnos
cuando el triunfo nos corone.
Pero nada nos envian,
ni armas, ni naves dispónen
para empezar nuestra empresa
y romper nuestras prisiones,
que es cuando necesitamos
de amigos y auxiliadores.

(Ligera pausa en que unos muestran abatimiento y otros indignacion.)

—Esto ya me lo temia
porque conozco á los hombres,
y sé que los abatidos,
los que en duros eslabones
yacen, míseros esclavos,
para dar el primer golpe
no han de contar con mas fuerzas
ni con otros valedores,
que con las que da el despecho,
que con los que el cielo pone

en idénticos apuros,
en iguales aflicciones.
Pero no penseis, amigos,
que el corazon me destroze
este primer desengaño:
ni es él, creedlo, quien pone
nuestra causa en duro aprieto,
pidiéndonos hoy á voces
ó resolucion gallarda,
ó resignacion conforme.

Albenzar. (*Receloso.*) Si la falta de un apoyo,
de que tú mismo dudabas,
no motiva el desaliento
que se pinta en tus palabras
¿cuál no previsto incidente,
cuál nueva desdicha, Abdalla,
esa dura alternativa
con tal premura nos traza?
...¿Desisten las poblaciones
de estas ásperas montañas,
solo casi por moriscos
(favor del cielo) habitadas,
de dar el grito de guerra,
que ha de trastornar á España?
...¿Por ventura esos prodigios,
que han manifestado clara
la proteccion que los cielos
dispensan á nuestra causa,
y que tú mismo, tú mismo,
tan favorables juzgabas,
se han tornado infausto agüero?
...¿Qué ocurre, pues?... dilo, acaba.

Abdalla. No se ha entibiado el aliento
que da vida á estas montañas,
ni la decision valiente
que es honra de esta comarca:
decision y aliento santo
de que impacientes aguardan
su remedio los moriscos,
que pueblan la estensa España.
He recorrido afanoso
en esta rápida marcha

varios valles de estas sierras,
y en todos arde la llama
del valor. En Guadalete,
Ayóra, Terésa, Ubácar,
Navarrés, la Muela, Múrla,
que Alajuár dé el grito aguardan;
porque en tí, Albenzar gallardo,
se cifran sus esperanzas.
Tampoco de mal agüero
pueden ser las señas varias
con que el cielo nos anima
y á los cristianos espanta.
Y la aparicion sin duda
de Alfatin está cercana.
pues ya de Espadan los riscos,
segun me informé, presagian
con horrendos terremotos,
y con voces subterráneas,
que un gran prodigio conmueve
sus misteriosas entrañas.

Malec. ¿Pues por qué, dime, te turbas?...

Zeir. ¿Por qué, amigo, te acobardas?

Abdalla. Al que tiene interes grande
en una empresa muy árdua,
para los inconvenientes
huye de encontrar palabras,
y esto, amigos, me sucede.

Malec. Fuerza es que espliques...

Albenzar. (*Impaciente.*) Acaba.

Abdalla. Al punto que entré en Valencia
supe... ¡ay de mí!... que llegaban
á todas estas marinas,
cubriendo todas las playas
de Cartagena á Tortosa,
cuantas galeras España
allá en Génova tenia,
y en las costas africanas,
y en Nápoles, y en Palermo,
y en Puerto-Mahon, y en Palma.
Y que numerosos tercios
de Cataluña bajaban
al Maestrazgo, que otros vienen

de Portugal, y que en armas
estan cuantas tropas sirven
al católico monarca.
Y ví llegar de la corte
con despachos, y con cartas
de gran reserva, correos,
que se esparcian en varias
direcciones, derramando
ciego terror, muda alarma,
sin que el fin se trasluciese
de prevenciones tan cautas.
Y de Salazár el conde,
varon de régia prosapía,
de caracter inflexible,
cuyo valor y arrogancia
son patentes, como el odio
que profesa á nuestra raza,
llegó á Valencia ha dos dias,
con la investidura sacra
de supremo comisario
del rey. Y al punto en su alcázar
reunió el cabildo, el acuerdo,
el tribunal de la infausta
inquisicion, los maestres
de los tercios, y otras varias
personas de gran valia,
de nobleza y de importancia.
Y alli se instaló un consejo,
que empezó á obrar sin tardanza,
reasumiendo autoridades
y facultad soberana
compuesto del mismo conde,
que lo preside y lo manda,
del marques de Caracena
Visorrey, del patriarca,
del comendador mayor
de Castilla en Calatrava,
y del valiente Mexia,
general de ilustre fama.
Y al publicarse estos nombres
y el gran poder que formaban,
las tropas aparecieron

con pendones y con armas,
con mechas la artilleria,
y se alzó la horca en la plaza.
El pueblo quedó confuso,
la ciudad toda aterrada,
los ánimos abatidos,
sin que nadie penetrara
de tal trastorno el objeto,
de tanto apresto la causa.
Cuando al sonar medio-dia,
aqui el aliento me falta,
desprendióse el rayo ardiente
de la nube encapotada,
vomitó el volcan oculto
sus asoladoras llamas,
lanzó aquel mar borrascoso
el mónstruo de sus entrañas
contra cuantos descendemos
de la estírpe musulmana.

Malec. ¡Cielos!... ¿Mas cómo?...

Zeir. ¿Qué dices?

Albenzar. Dejémosle hablar. Acaba.

Abdalla. Publicóse por Valencia
con repique de campanas,
con gran clamor de clarines,
con ronco estruendo de cajas,
con nunca visto aparato,
con solemnidad estraña,
bando de esterminio y muerte
contra la morisca raza.

(*Profunda sensacion en todos los moriscos.*)

Malec. ¡Qué horror!

Zeir. ¡Qué crueldad!... ¡Oh cielos!

Malec. De nuestros planes la trama
se ha descubierto, no hay duda.
....¿Cómo el secreto?...

Albenzar. (*Suspenso.*) No faltan
nunca traidores, y alguno
vendió su fe.—Pero Abdalla,
ese bando que escuchaste,
esa tremenda ordenanza,
¿no será un amago solo,

una impotente amenaza?
¿No será trueno sin rayo,
cual lo ha sido veces tantas?

Abdalla. Ahora juzgo que no hay medio
de conjurar la desgracia.
En término de dos meses
no ha de quedar en España
ni un morisco. El duro bando
salir al punto nos manda
de esta deliciosa tierra,
que al cabo llamamos patria,
nuestras haciendas vendiendo
y dejando nuestras casas.
Y que seamos conducidos,
¡fiero rigor! entre armas
cual míseros delincuentes,
y sin que escepciones haya,
á los mas cercanos puertos,
en donde estan preparadas
naves, en que almacenados
nos conduzcan sin tardanza,
ni mas amparo que el cielo,
á las berberiscas playas.
Y pena de muerte impone
la tiránica ordenanza
al que se esconda, ó escuse
un punto cumplimentarla.
Y tambien pena de muerte
al cristiano, que intentara
darnos amistoso auxilio,
ó el amparo de su casa.

Malec. ¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

Zeir. ¡Oh furor!

Albenzar. Me ahoga la rabia.
¿Mas tendrá efecto tal orden?
dí; ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

Abdalla. El aparato solemne
con que ha sido decretada,
esos tercios, esas naves,
y el ser quien de ella se encarga
el conde de Salazar,
cuyo teson y arrogancia

son proverbiales, afirman
que es cierta nuestra desgracia.
Cuando salí de Valencia
abatida y aterrada,
ya diversos comisarios
con tropas, se preparaban
á esparcirse en el momento
por todas estas comarcas,
á dar cumplimiento al bando
con celeridad estraña.
Ved ¡ay! cuantas vejaciones
á un tiempo nos amenazan!
La menor es el destierro.
Mas duras y mas amargas
hemos de apurar... ¡Ay tristes!
Amigos consideradlas.
(*Muestran todos gran abatimiento.*)
Ya tal vez por el camino
viene, y llegará mañana
en medio del aparato
de arcabuzes y de lanzas,
el que robe nuestros bienes,
el que manche nuestras famas
y nuestra honra en las personas
de hijas, esposas y hermanas.
el que nuestros tiernos hijos
nos arranque con las almas.
El que en fin harto de horrores
nos saque de nuestras casas
abrumados de cadenas,
ludibrio de infiel canalla,
y nos conduzca á esas naves
para alejarnos de España.
Ved si con razon me aflijo,
ved, pues, si queda esperanza.

Albenzar. (*Con desesperada resolucion, quitándose el sombrero.*)
Sí queda, ¡voto á Alá! Queda la muerte,
que es preferible á tanta desventura;
y arrostrar con valor el trance fuerte,
alarde haciendo de marcial bravura.
Triunfar acaso logran de la suerte

mas lamentable, embravecida y dura
un noble arrojo, un generoso pecho,
y aquel santo furor que da el despecho.
No presenteis cobardes la garganta
al cuchillo, cual tímidos corderos.
En tanto apuro, en desventura tanta
vuestro antiguo valor cobre sus fueros.
y si el cristiano la soberbia planta
en la noble cerviz ha de poneros,
antes se anegue en un sangriento lago,
y el triunfo compre con su propio estrago.
Resuene en Alajuár el santo grito,
y ecos encontrará por toda España.
De los nuestros el número infinito
arde hace tiempo en vengativa saña.
Este horrendo rigor tan inaudito,
esta persecucion nueva y estraña
apresure el trazado movimiento:
sea la señal del súbito alzamiento.
Sí, nobles y oprimidos musulmanes,
que de España os llamásteis los señores:
tengan honroso fin nuestros afanes,
digno de nuestros ínclitos mayores.
Tremolada en guerreros tafetanes
torne á esparcir gloriosos resplandores
(*Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul.*)
esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,
que esclavitud y oprobio representa.
(*Agitacion general.*)
Tal vez, y con razon, el cielo airado
de ver que nuestra empresa se retarda,
escitar de este modo ha decretado
nuestra resolucion firme y gallarda.
Al fuego del valor desesperado
la España toda se confunda y arda.
Ó el dominio, ó la muerte en esta tierra.

Todos. (*Con gran entusiasmo.*)
Viva, viva Albenzar. Venganza y guerra!

Albenzar. (*Con dignidad y entereza.*
Basta. Ese grito heróicos descendientes
de abuelos tan preclaros os pregona.

Que otra vez el valor de los creyentes
desde Cádiz se estienda á Barcelona;
ó en la honrosa demanda, cual valientes
pereciendo, logremos la corona
con que nombre inmortal solo se alcanza.

Todos. Viva, viva Albenzar. Guerra y venganza.

Abdalla. (*Con fervor.*) Bendito por siempre Alá,
y el profeta sea bendito,
que os inspiran ese grito
que de victoria será.
Cesó ya mi abatimiento
pues nacia de temer
que iban mis nuevas á ser
para vos de desaliento.
Mas si produjeron ya
tan noble resolucion,
dichosa fue mi mision.

Todos. Bendito por siempre Alá.

Albenzar. (*Calándose el sombrero, y con tono de autoridad y de mando.*)
Pues, amigos, no perdamos
en accion tan importante
tiempo alguno, y al instante
á ponerla en obra vamos.
El castillo que campea
en ese cerro plantado,
aunque está desmantelado,
nuestro firme apoyo sea.
Malec, sin perder momentos
ocúpale con tu gente,
y apresta lo conveniente
de armas y de bastimentos.
Yo tengo oculto un cañon,
que á sus muros subirá,
y en ellos tremolará
nuestro lunado pendon.
A su abrigo conduzcamos
viejos, niños y mugeres,
nuestros tesoros y haberes,
que asi mas sueltos quedamos.
Con seis ginetes, Zeir,
de Valencia has de guardar

el camino, sin dejar
á nadie, á nadie venir.
Como no sean moriscos,
que á su santo rito fieles,
vengan á coger laureles
en estos pelados riscos.
En Alajuár sin recato
la alarma se esparza luego,
truene el escondido fuego,
y que se toque á rebato.
Armas tenemos sobradas
y municiones tambien;
en un oculto almacen
tengo cien picas guardadas,
arcabuces y ballestas,
adárgas y coseletes,
dos montados falconetes,
pólvora y balas dispuestas.—
Tú, Abdalla, al punto has de ir
á dar de la guerra el grito
por los pueblos del distrito,
y su aliento á dirigir.
Las vecinas poblaciones
su juventud sin tardar
nos envien, á engrosar
nuestras filas y escuadrones.
En Ayora y Navarrés
los castillos se provean
y bien guarnecidos sean
que importante cosa es.

Malec. ¿No fuera bueno empezar
dando fin de los cristianos,
que aunque pocos, tan ufanos
se ostentan en Alajuár?

Albenzar. (*Con autoridad.*)
No, Malec.—Tú mismo dices
que son pocos, y temor
no dan á nuestro valor.
¡Qué pueden los infelices?
Huirán al punto de aqui,
y marchar los dejaremos.
Con noble gloria empezemos

nuestra santa empresa, sí.

Zeir. Pero al alcalde mayor
es necesario prender.

Albenzar. ¿Qué puede un anciano hacer?
lanzarle será mejor.

Abdalla. Mas es forzoso, Albenzar,
que forastero cualquiera
que hoy llegue á la villa, muera,
para el golpe asegurar.
Cual dije, á dar cumplimiento
al bando terrible, varios
alcaldes y comisarios
de Valencia en el momento
iban, no hay duda, á salir.
Y el que á nuestra villa venga
fuerza es que la muerte tenga,
si es que hemos de resistir.

Albenzar. Eso es justo. El forastero
que ose venir á Alajuár,
si es cristiano, ha de encontrar
la muerte en mi propio acero.
Vamos, pues.

Todos. Venganza ó muerte.

Malec. Zeir. Abdalla. Vamos, pues,

Todos. guerra y venganza.

Albenzar. Probemos á donde alcanza
nuestra venturosa suerte.

ESCENA III.

Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, y salen FELISA, MARIA y CORBACHO.

Felisa. Dejémosle reposar
puos que se durmió tranquilo.

Maria. Tengo ¡ay! el alma en un hilo.
Temiéndome algun pesar.
De tal susto y de caida

tan espantosa y terrible
parece cosa imposible
haber salido con vida.
Y malas resultas temo,
aunque esté tan sosegado.

Felisa. Debiera haberse sangrado.

Maria. Lo resiste con estremo.
Ya ves que ni aun ha querido
almorzar.

Felisa. Mas se durmió.

Corbacho. Pues almorzar quiero yo,
que á Dios gracias no he caido.

Maria. ¿Conoces ahora, ama mia,
si es leal mi corazon,
y si dije con razon
que don Fernando vendria?
¿Conoces ya cuan cabal
es mi amante?.... Loca estoy,
mas esta dicha de hoy,
debiendo ser sin igual,
me la tiene acibarada
de su salud el cuidado,
y el modo tan desastrado
con que ha sido su llegada.
Que es mal agüero en verdad.

Felisa. Yo tal agüero no hallo.
Que se desboque un caballo
es una casualidad.

Maria. Y dime, Corbacho amigo,
¿se ha acordado tu señor
mucho en Flándes de mi amor?

Corbacho. Como constante testigo
de cuanto hace, dice y piensa,
puede mi fe asegurarte
que vive para adorarte,
y que jamas te hizo ofensa.
Eres tú su único afan,
y su solo pensamiento.
Por tí anda papando viento,
hecho un pelele, un bausán.
En el campo, en el cuartel,
en la villa, en el camino

siempre el mismo desatino
por tí he descubierto en él.
Y dormido te nombraba,
y parece que no habia
mas nombre que el de Maria,
pues á todo lo encajaba.
¿Y al venir? ¡Oh santo cielo!
¡Qué jornadas!.... ¡Qué impaciencia!
¡Qué madrugar!.... ¡Qué demencia!
En fin, á tí misma apelo,
porque mas precipitado
ni por desdicha mas listo,
estoy cierto, que no has visto
llegar á otro enamorado.

María. Felisa, soy venturosa.

Felisa. (*Con melancólica espresion.*)
Quiéralo el cielo, Maria.

María. ¿Y lo dudas?....

Felisa. ¡Hija mia!

María. ¿Qué te tiene recelosa?....

Felisa. Nada.—Sabes el desvelo
con que amante te crié,
y que siempre pediré
que te haga dichosa al cielo.

Maria. (*Abrazándola con ternura.*)
Lo sé, y que cuando perdí
mi buena madre al nacer,
Dios me concedió el tener
otra tierna madre en tí.

Felisa. (*Profundamente conmovida.*)
Mil veces te he repetido
que tu origen....

Maria. (*Interrumpiéndola con viveza.*)
Basta, no.

Corbacho. Almorzar quisiera yo,
que á Dios gracias no he caido.

Maria. Dice bien.—Anda Felisa,
y dejemos á la suerte....

Felisa. Hija, voy á obedecerte.
Tu padre viene y de prisa.
(*Vase con Corbacho.*)

Maria. Como con tanta amistad

y cariño á don Fernando
trató mi buen padre, cuando
pasó aqui la enfermedad;
y aquel favor le debimos
con el duque de Gandía,
cuando por la gran sequía
tanto ganado perdimos;
con gran gusto va á saber
que á vernos ha regresado.
Mas ¡cielos!.... ¡Qué demudado
llega!.... ¿qué podrá tener?....
(*Mirando á la puerta.*)
Con ese infame Alfaquí
se ha parado en el ponton.
¡Qué aspecto!.... ¡Oh Dios! ¡qué espresion!....
me causa espanto.... ¡ay de mí!
Mas ya viene.

Sale MULIM-ALBENZAR, receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo. MARIA le sale al encuentro con inocente alegría.

Maria. ¡Padre mio!
Albenzar. ....Fátima....
Maria. (*Con viveza.*) Padre, Maria.
Albenzar. (*Indeciso.*) No.... que ya ha llegado el dia....
Maria. (*Apresurada.*) Dejad ese desvarío,
Sabed....
Albenzar. (*Con sobresalto.*) ¿Qué?... dí....
Maria. Que ha llegado...
Albenzar. ¿Quién.... quién? dime....
Maria. El caballero
que hace un año, un mes entero
tuvimos aqui alojado.
El que nos recomendó
al duque, con celo tal,
que todo nuestro caudal
por su influjo se salvó.
Albenzar. (*Con muestras de sorpresa y de confusion.*
¿Quién?.... ¿El señor don Fernando?
Maria. El mismo.
Albenzar. (*Agitadísimo.*) ¿Ha llegado hoy?

Maria. Una hora habrá.

Albenzar. Muerto estoy.
¡O cielos!.... y.... dime.... cuándo....?

Maria. (*Turbada.*) Despues de la primer misa
fuíme á la cercana fuente,
cual tu amor me lo consiente,
con mi buen ama Felisa.
Y un caballo y caballero
despeñados vi cruzar
el monte, viniendo á dar
cerca, en un despeñadero.
De susto me desmayé,
y cuando á alentar volví,
sin lesion cerca de mí
á don Fernando encontré.
Era el que se habia caido,
y por milagro patente
de riesgo tan inminente
sano y salvo habia salido.
Péro con el golpe y susto
estaba tal, que creí
que al punto traerlo aqui
fuera, señor, darte gusto.
(*Con timidez.*) Perdóname si hice mal.
....Como tan alto favor
le debemos....

Albenzar. (*Aparte.*) ¡Oh rigor!....
....¡Oh compromiso infernal!
(*Alto con viveza.*)
¿Está en casa?....

Maria. Sí.... Durmiendo.

Albenzar. (*Fuera de sí.*) ¡Infeliz!.... ¡Terrible suerte!
....Ha venido á hallar la muerte.
Y yo.... ¡destino tremendo!!!

Maria. (*Asustada.*) ¡Padre mio!... ¡Oh confusion!

Albenzar. (*Precipitado.*) Dime.—¿Le ha visto llegar?....

Maria. Todo el pueblo de Alajuár.

Albenzar. ¡Oh desdicha!... ¡oh perdicion!
Riesgo corre mi persona
si sospechan... Yo el primero
ofrecí que con mi acero...
¿Y perderé una corona?...

(*Resuelto.*) No. Es cristiano, es enemigo....
(*Saca un puñal.*)

Maria. (*Consternada y deteniéndolo.*)
¡Padre!... esa furia templad.
¿La santa hospitalidad
á un protector, á un amigo
dada, violareis?

Albenzar. ¡Ay Dios!

Maria. ¿Un Albenzar eso piensa?
¿Y por qué?.... ¿cuál es la ofensa?
Volved por vos mismo en vos.

Albenzar. (*Confundido.*) Hija mia.... se aventura....

Maria. (*Con vehemencia.*) ¿Y qué vos, señor, sereis
asesino, y manchareis
vuestra sangre?

Albenzar. (*Resuelto: y como volviendo en sí de un delirio.*)
Quede pura.
(*Guarda el puñal.*)
Don Fernando viva. Sí.
—Sin un instante perder
huya. Ni yo he de saber
que un momento ha estado aqui.

Maria. ....¿Mas por qué?.... ¡Padre!... ¡señor!....

Abenzar. (*Con viveza.*) El pueblo airado á matarle
vendrá muy pronto, y salvarle
no podré de su furor.

Maria. ....¿Por qué? (*Suenan dos tiros.*)

Albenzar. (*Sobresaltado.*) ¿No escuchas?

Maria. (*Asustada.*) ¿Qué es esto?

Albenzar. (*Precipitado.*) Que hoy la morisca nacion
va á vengar tanta opresion
en que el cristiano la ha puesto.
Que hoy va á decidir la suerte
de nuestra varia fortuna,
y á alzarse la media luna
por lograr....

Voces dentro. (*A lo lejos.*) Venganza ó muerte.

Albenzar. (*Agitado.*) Corre.... Mancharme no quiero
la hospitalidad hollando.
....Sálvese.... Huya don Fernando.
Líbreme de un crimen fiero.

María. (*Afligida.*) Su caballo está rendido.
Albenzar. (*Apresurado.*) Que tome mi yegua pía,
que á los vientos desafia,
y por el cercano egido
vuele y salga de esta sierra
sin acercarse á poblado.
Pues en toda ella está alzado
pendon de....
Voces dentro. (*Cerca.*) Venganza y guerra.
(*Suena redoble de tambores.*)

Salen muy asustados CORBACHO y FELISA.

Felisa. ¡Hija del alma!.... ¡Qué miedo!
El pueblo todo.... ¡Ay señor!....
Al viejo alcalde mayor....
¡Ay Jesus!.... hablar no puedo.
Albenzar. ¿Qué dices?
Felisa. Yo no lo sé.
Corbacho. Un infierno es el lugar.
Me quedé sin almorzar.
Felisa. Las vecinas dicen que....
(*Suenan voces, tambores y trompetas.*)
Albenzar. (*Con gran inquietud.*)
Hija mia!.... corre, vuela.
Sálvese ese caballero....
Mis caballos, mi dinero.
....Pronto, y con grande cautela....
(*Vase María.*)
Corbacho. Sério este negocio va. (*Vase.*)
Felisa. El perro del Alfaquí
corre pálido hácia aqui. (*Vase.*)
Albenzar. ¡Cielos!.... ¿si se salvará?

Sale ABDALLA precipitado.

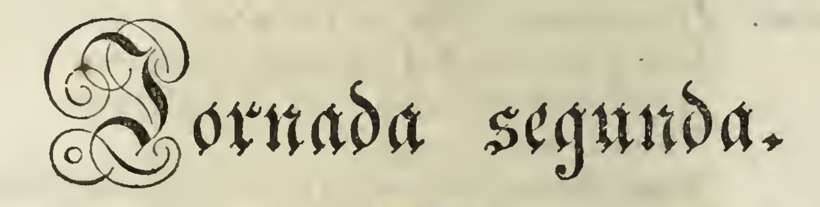
Abdalla. Todo, todo es perdido
si no calmas al pueblo enfurecido
que en aqueste momento despedaza
al alcalde mayor en esa plaza,
donde la airada muchedumbre crece,
y brama, y armas busca, y se enfurece,

pidiendo en alto grito por venganza
de los cristianos todos la matanza.
Y un rumor ha corrido
de que en tu casa tienes escondido....

Albenzar. (*Interrumpiéndole con viveza y enojo.*)
Que haya concierto y orden interesa,
si se ha de conseguir tan alta empresa.
Vamos, amigo, vamos
y ese ardor y ese aliento dirijamos. (*Vanse.*)

(*Suena ruido de voces, tambores, trompetas, tiros y campanas.*)





ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una habitacion interior del antiguo castillo de Alajuár: tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones, al otro un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete.—Aparece MARIA sentada y pensativa.

¡Cielos!... Felisa no viene,
y al verme en esta mansion
tan sola, mi corazon
un monte sobre sí tiene.

(*Se levanta y se asoma á la ventana, y dice desde ella.*)

Nada veo, no oigo nada.
Nadie descubro en la sierra:
Sin duda alguna la guerra,
¡plegue á Dios! está acabada.

(*Se retira de la ventana, vuelve al medio de la escena y se pasea inquieta.*)

En tan ciego desconcierto,
en tan borrascoso mar,
¿dónde puedo luz hallar?
¿dónde se me ofrece un puerto?
Solo desastres advierto,
hallo solo confusion
cuando quiere mi razon
anhelosa descubrir
el probable porvenir
de tan dura situacion.
¿Si han los moriscos triunfado
en su intento criminal,

yo cristiana, yo leal
puedo quedar á su lado?
¿A mi padre coronado
veré, y ser restaurador
de la impiedad, del error,
siendo fiel,... siendo cristiana?...
Dadme, ó virgen soberana,
en tal conflicto favor!
¿Y si la justicia santa
de Dios prepara el castigo
á este bando, que enemigo
contra su ley se levanta;
si confunde audacia tanta,
y en cadalso inicuo y vil
paga la raza gentil
el crimen de rebelion,
yo.... á mi padre?... El corazon
se me hace pedazos mil. (*Pausa.*)
Aunque morisca, abrigando
tan noble sangre, podia
esperar ser algun dia
la esposa de don Fernando.
Mas ya.... ¡infeliz!... ¿Cómo ó cuándo
de un musulman, de un traidor,
ó vencido ó vencedor,
pudiera esperar la hija,
que para esposa la elija
un castellano señor?
¡Ay!.... Al conseguir mi anhelo,
en el venturoso instante
en que tornaba mi amante
á coronar mi desvelo;
la hermosa luz de aquel cielo
negra nube me robó,
y esta borrasca tronó,
que de el sólio del sol mismo
en tan espantoso abismo
mis dichas precipitó.
¡Mísera!... ¡Desventurada!
¡Con qué instinto tan certero
tuve por de infausto agüero
de mi amante la llegada!

Ya seré de él detestada.
Sí: su conciencia, su honor
le harán mirar con horror
mi raza; y ha de anhelar,
combatiéndola, espiar
haberme tenido amor.
Solo un camino me queda
en tan angustioso apuro,
y lo seguiré, lo juro,
en cuanto seguirlo pueda.
Dios piadoso me conceda
su favor, y buscaré
un cláustro donde hundiré
esta vida sin ventura,
y en donde conserve pura
mi lealtad, mi honra, y mi fé.

(Queda en profundo abatimiento, del que la saca repentino y lejano rumor de tiros y de cajas.)

¿Qué escucho?... ¿Nuevo rumor?...
todo estaba hace un momento
tranquilo.

(Corre á la ventana y continúa desde ella mirando á una parte y otra.)

Gran movimiento
observo ya en derredor.
Crece el estruendo á lo lejos,
y de armados escuadrones
los yelmos y los pendones
deslumbran con sus reflejos.
Van por aquella ladera
tropas.... ¡de mi padre son!
..... ¡Cielos!... Nueva confusion
de mi pecho se apodera.
¿Mas qué miro?... De la villa
nubes espesas de humo
se levantan á lo sumo:
espantoso incendio brilla.
A este castillo azoradas
las mugeres, que han bajado
al lugar abandonado
regresan precipitadas.
...... Y mi buen ama Felisa....

allí viene, sí, ella es.
(*Agitando un pañuelo y en alta voz.*)
ama mia, corre pues.
Yo te aguardo.... date prisa.
(*Se retira de la ventana.*)

Sale FELISA muy fatigada y despavorida con una gran cesta llena de ropa, y la pone sobre el bufete.

Maria. (*Abrazándola.*)
¡Ama mia!
Felisa. ¡Hija del alma!
hija mia, vengo muerta.
El retirarse las tropas
fue sin duda estratagema,
para coger en celada
á los moriscos, dispuesta.
Y Dios sabe los peligros,
los afanes y las penas,
que á nosotras infelices
su cólera nos reserva,
por mantenernos con ellos
en tan inicua revuelta.
Maria. ¿Pero qué es esto?
Felisa. Maria,
mis labios á hablar no aciertan,
que de terror y cansancio
vengo que respiro apenas.
Despues de tan largos dias
de afanes y de miserias,
de zozobras y de angustias,
al ver hoy á la primera
luz que las cristianas tropas
se retiraban con priesa,
abandonando la villa;
fuí, cual viste, con diversas
personas á ver si acaso
de nuestras casas desiertas
algo aun salvarse podia,
trayendo á esta fortaleza
los víveres necesarios,
y que ya tanto escasean.

Llegar logré á nuestra casa,
desmantelada y abierta,
donde solo hallé destrozos
propios de tan cruda guerra.
Bajé sin embargo sola
con una luz á la cueva,
y el depósito hallé intacto
de ropas y de preseas,
que al abandonar la villa
escondimos en la tierra,
y de él traigo cuanto pude
recoger en esa cesta.
Entré á ver si algo quedaba
en la robada despensa;
cuando estruendo repentino
de cajas y de trompetas
me asaltó. Salgo á la calle
y cruzar miro por ella
á todas cuantas mugeres
como yo á dar una vuelta
á sus casas habian ido,
gritando *traicion*! *sorpresa*!
y todas, como rebaño
que huye de voraces fieras
corrimos á refugiarnos
á estas murallas, y apenas
tuvimos tiempo. Las tropas
del rey en la villa entran
de nuevo, y segun he visto
desde esas cercanas cuestas,
dando á su justa venganza
atroz principio, la incendian.

Maria. ¿Y dónde mi padre?...

Felisa. Estaba
con los suyos allí cerca
y voló como valiente....
(*Rumor lejano de cajas y de tiros.*)
Y empeñada la pelea....
sin duda.... ¿No escuchas?...

Maria. (*Asustada.*) ¡Ama!
¡Hija del alma! Si hubieras,
cual te aconsejé, dejado

á esta canalla perversa,
y fugádote á un convento
donde conmigo....

Maria. (*Afligida.*) Ama, cesa;
no me destroces el alma.
¿En desgracia tan horrenda
abandonar yo á mi padre?...

Felisa. *Desconcertada.*)
¿A tu padre?... Me atraviesas
el corazon.... ¡desdichada!
....¡tu padre!...

(*Un cañonazo á lo lejos.*)

Maria. (*Aterrada.*) ¿Oyes?...

Felisa. Sí.

Maria. Se acerca
el estruendo de las armas.

(*Corre á la ventana.*)

¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas
la villa toda.... A esta parte
es la espantosa pelea....
mas sus horrores me ocultan
esas elevadas peñas.

Felisa. ¡Ay!... retírate, Maria,
por la ventana pudiera
alguna perdida bala,
alguna veloz saeta....

Maria. ¡Ojalá!... ¡Dios mio!

Felisa. (*Retirándola de la ventana.*) Vente.

Maria. (*Llorando.* ¿Y mi padre?...

Felisa. (*Muy agitada.*) Calla, cesa.
yo de todas tus desgracias
soy la sola causa, y sea
la sola en quien el castigo
caiga de Dios.

Maria. (*Consternada.*) ¡Ama!

Felisa. (*Abrazándola.*) ¡Oh prenda
de desventura!... ¡hija mia!
Correr hoy tu suerte adversa
es mi obligacion. Cristiana
y española no debiera
encontrarme en esta causa
de los moriscos envuelta.

Mas si tú lo estás, Maria,
que yo lo esté el cielo ordena,
porque con el cielo tengo
por tí una terrible deuda,
y que abrazada contigo
la pague yo.... ¡ay triste!... es fuerza.

María. (*Confusa.*) No te entiendo.

Felisa. Ni es posible
el que tú entenderme puedas.
(*Queriendo cambiar enteramente de conversacion, y mudando de tono.*)
Lo mejor se me olvidaba
con tantos sustos y penas,
cuando bajaba á la villa
al llegar sola á las huertas,
escuché que me nombraron,
y de terror quedé yerta.
Paréme, y en el momento
delante se me presenta,
saliendo de los vallados
que allí el callejon estrechan
un soldado. Y al instante
reconocí con sorpresa
que era Corbacho.

María. (*Sobresaltada.*) ¿Quién dices?
¿Quién dices, Felisa, que era?

Felisa. Corbacho, que al saludarme,
oyendo otras voces cerca,
tiró á mis pies esta carta,
(*Saca una carta del pecho.*)
huyó á esconderse á gran priesa,
y salvando los tapiales
desapareció.

María. (*Tomando la carta.*) ¿Ni siquiera
le preguntaste?...

Felisa. Hija mia,
ni acerté á mover la lengua,
ni tuve tiempo: llegaba
gente por la misma senda,
y hallarme con él hablando
causara graves sospechas.
Un relámpago fue todo

la aparicion y la ausencia.
Mas la carta....

Maria. (*Turbada.*) ¡Ay ama mia!
mi mano al abrirla tiembla.
Toda está escrita con lapiz,
y dice de esta manera.
(*Lee.*) «Si eres cristiana, Maria,
y si me tienes amor,
huye al punto con valor;
ven á ser la esposa mia.
Estoy de tí muy cercano,
en esta sierra encubierto,
donde no me ha descubierto
ni morisco, ni cristiano.
Y con impaciencia espero
el que vengas, amor mio,
y porque verte confio
de pena aquí no me muero.
De esta carta el portador
á traerte salva se obliga.
Haz sin susto lo que él diga:
vente á coronar mi amor.»
(*Representa.*)
¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Don Fernando
de este castillo tan cerca?
.... ¿Y esperándome?...

Felisa. (*Enagenada.*) Maria,
ni un solo instante se pierda....
.... Ahora mismo.... El cielo santo
piadoso al fin nos presenta
el remedio.

Maria. (*Dudosa.*) ¿Pero dónde,
dónde está Corbacho?... Venga.
Sin él no es posible, amiga....
Tal vez aun allí te espera.
Y acaso....

Felisa. (*Resuelta.*) Tornaré al punto...

(*Va á marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor de armas.*)

Maria. ¡Imposible!

Felisa. En cuanto venga
la noche.... Si don Fernando

está cual dice tan cerca,
si Corbacho entre las tropas
vigilante anda y alerta,
no nos faltará un momento....

Maria. (*Abatida.*) Dios sabe.... Esa lid horrenda
que está empeñada.... ¡Ay Felisa!
Deshará tal vez.... me inquieta
nuevo terror.... Si mi padre
herido á mis brazos llega,
¿cómo podré?...

Felisa. (*Interrumpiéndola con vehemencia.*)
De Dios hija
eres primero: y si alientas
su fé santa, que te salves
donde su culto mantengas,
y que huyas de este recinto
do su nombre se blasfema,
donde su ley se escarnece,
con voz de padre te ordena.

Maria. (*Con resolucion precipitada.*)
Pues ahora mismo, ama mia,
vamos, y en sus manos puestas....

Felisa. Si salir fuera posible,
y en lo áspero de estas sierras
escondernos....

Maria. ¿Y Corbacho?

Felisa. Yo esta noche....

(*Voces y rumor cercano de armas.*)

Maria. (*Mirando adentro.*) Escucha.... espera.
¿Qué es lo que veo?... ¡Mi padre!
.... ¡Virgen santa!... ¡oh Dios, cual llega!
cadáver.... ¡ay yo infelice!
Que sus amigos rodean.

Sale MULIM-ALBENZAR, herido y ensangrentado en brazos de moriscos; que lo colocan en el lecho.

Maria. (*Arrojándose á su padre en el mayor desconsuelo.*) ¡Padre!... ¡Padre!

Albenzar. Moriscos,
nada importa mi muerte.
Vuestro valor coronará la suerte

si defendeis constantes estos riscos,
cual fieles mahometanos.
Ved como los cristianos
necesitan de engaños alevosos,
para verse un instante victoriosos.
De este castillo en el sagrado muro,
firme cimiento de un poder futuro,
se estrelle en este dia
su impotente furor y alevosía.
Acatad la bandera
de Fátima, de mi hija y heredera,
que yo dichoso muero,
cual noble caballero,
por mi fé y mi nacion.

María. (*Ahogada de dolor.*) ¡Padre!

Albenzar. (*Echándole los brazos al cuello.*) ¡Hija mia!
no lamentes, mi bien, la suerte mia
si es morir en tus brazos.

María. (*Cayendo de rodillas junto al lecho.*)
¡Ay!... tengo el corazon hecho pedazos.

Albenzar. (*En tono solemne, incorporándose.*)
En tí mi sangre arda.
Este castillo valerosa guarda,
mira que es de tu trono el fundamento,
trono que tú has de alzar con noble aliento.

María. ¡Padre!... fuiste cristiano....
tiempo es que como tal....

Albenzar. (*Esforzándose.*) Nunca: testigo
de que siempre he vivido mahometano
el gran profeta sea,
y hoy á su lado en el Edén me vea.

María. (*Consternada.*)
¡Padre!... ¡Padre!... El castigo
teme de Dios.

Albenzar. (*Encolerizado.*) ¿Y me hablas cual cristiana?

María. Lo soy de corazon.

Albenzar. (*Furioso.*) Yo te maldigo.
Ser mi sangre no puede quien tal dice.
(*Cae desmayado.*)

Felisa. (*Retirándose horrorizada.*)
La hora es de la verdad.

María. ¡Ay yo infelice!

Suena un cañonazo cerca, tambores, y ruido de armas, y sale ABDALLA apresurado.

Malec nos ha vendido.
¡O vil traicion! ¡O infame alevosia!
Un escuadron cristiano que escondido
quedó en la selva umbría
que aquí cercana ni aun penetra el dia,
en tanto que fingiendo
el grueso de las tropas que iba huyendo,
nuestra atencion llamando
hácia la villa; fuése apoderando
de acuerdo con Malec ¡traicion villana!
del foso y barbacana.
Y entrando sin rumor por un portillo,
siembra terror y muerte en el castillo.
Todo es sangre y estrago.

Voces dentro. ¡Santiago!.. ¡Santiago!
Otras dentro. Viva la fé y el rey Felipe viva!!!
Albenzar. (*Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos.*)
No, que aun aliento yo. Fieles, arriba.
(*Le rodean y sostienen todos.*)
Abdalla. ¿Dónde vas, infeliz?...
Albenzar. (*Desmayado.*) A que la muerte
con la espada en la mano,
cual rey.... cual mahometano....
(*Cae al suelo.*)
Voces dentro. Viva la fé. Victoria por España.
Abdalla. (*Terrorizado.*) Huyamos ¡ay! la saña
del fiero vencedor.
Albenzar. (*Ahogado.*) ¡Oh rabia!... Muero
como fiel musulman. (*Muere.*)
Maria. (*Abrazando el cadaver.*)
¡Qué horror!...
Abdalla. Huyamos.
¡Tremendo dia! del cristiano acero,
si es que aun camino de salud hallamos.

(*Vanse todos y queda Maria teniendo en sus brazos el cadáver de Alenzar, y delira consternada á un lado de la escena.*)

Voces dentro. Viva la fé, y el rey Felipe.
Otras dentro. Vea
hoy su esterminio la infernal ralea.
Garcia. (*Dentro.*) Cese ya la mortandad,
pues la victoria es segura:
á esa gente sin ventura
con hierros asegurad.
A Albenzar pronto busquemos,
puesto que se esconde aquí:
aquella es su estancia, sí;
nadie la defiende, entremos.

Sale EL CAPITAN GARCIA con peto y capacete, y la espada ensangrentada, y detras de él EL SARGENTO y ocho ó diez SOLDADOS ESPAÑOLES con lanzas y arcabuces.

Garcia. Rendid, perros desalmados.... (*Se detiene.*)
¿Mas dos mugeres no mas,
y un cadáver?... ¿Es quizás?... (*A la tropa.*)
la furia tened, soldados.
Maria. (*Deja el cadaver, y se arrodilla delante del capitan, pero con dignidad.*)
Si sois noble como dice
á voces vuestra presencia,
mirad, señor, con clemencia
á una muger infelice.
Y si solo por muger
la hidalguía castellana
me la niega, por cristiana
me la habrá de conceder.
Garcia. (*Aparte atónito y suspenso.*)
¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!
¡y que noble discrecion!...
.... Me ha robrdo el corazon.
(*Alto á Maria.*)
Señora, de tierra alzad.
(*La levanta.*)
Que al miraros en el suelo,
pierdo la razon y el tino
de terror, porque imagino
que se ha desplomado el cielo.
¿Quién sois?... Un angel, lo veo.

Un angel, un angel, sí.
Mas qué hace un angel aquí
confuso saber deseo.

Maria. (*Con dignidad.*)
Soy de Mulim-Albenzar,
muerto como veis, la hija:
vuestra nobleza colija
mi posicion singular.
Cristiana de corazon,
y fiel de veras al rey,
del amor filial la ley
me puso en esta ocasion.
Sois cristiano y caballero,
habeis mi desdicha oido,
y la proteccion que os pido
con seguridad la espero.

Garcia. (*Dudoso.*) ¿Ese es Mulim-Albenzar?
(*Al sargento.*)
reconocedle.

Sargento. (*Acercándose al cadaver.*) Sí, es cierto;
es Albenzar, y está muerto.
de buena logré escapar.

García. Confuso estoy, vive Dios.

Sargento. Señor, á esas embusteras
no des crédito, ¿qué esperas?
amarremos á las dos.

Garcia. Son cristianas.

Sargento. Sonlo ahora
por evitar el castigo.

Maria. ¡Señor!...

Garcia. Pues estais conmigo
no temais nada, señora.
(*Resuelto á la tropa.*)
Esta estancia respetad,
y ese cadaver sangriento
á colocarlo al momento
sobre la torre llevad.
Vea la rebelde grey
cual es su mísera suerte,
pues ya les robó la muerte
al que aclamaron por rey.
Y con su fin la esperanza

pierda del todo esta sierra,
terminándose esta guerra
y cesando la matanza.

Sargento. Tal vez, señor capitan,
pueden tener estos moros
aquí ocultos sus tesoros.

Garcia. (*Severo.*) Si los hay, vuestros serán.
(*Señalando á Maria.*)
Y que esta joya ó portento
yo ansioso la guardo ved:
mi mandato obedeced,
y retiraos al momento.

(*El sargento y los soldados recogen el cadaver de Albenzar, y entre tanto dice el.*)

Sargento. Muy hermosa es la morisca,
y al capitan ha prendado.
pero lo juzgo escusado
pues tiene facha de arisca.

Maria. (*Viendo llevar al cadaver de su padre se arroja á abrazarlo.*)
¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo cielo!
(*Se apoya muy afligida en Felisa.*)

Felisa. ¡Hija del alma!

Garcia. (*Aparte y envainando la espada.*)
¡Qué encanto
tan irresistible!... ¡oh!... ¡cuánto
templar su desgracia anhelo!
Mas tengo orden terminante
ó de al punto esterminar
la familia de Albenzar,
ó de llevarla al instante
asegurada á Valencia,
donde en cadalso sangriento
sirva al punto de escarmiento
á la morisca demencia.
No la puedo libertar,
que aunque dice que es cristiana,
y al rey fiel; ¡suerte tirana!
la heredera es de Albenzar.
¡Oh qué celestial muger!
.... Si el miedo.... la confusion....
se perturba mi razon;

no sé lo que voy á hacer.
En caso tan inaudito....
.... ¡Ay! si me amara, podria....
abrásase el alma mia,
y en su amor me precipito.
(*Alto á Maria.*)
En vos, oh hermosa, volved:
aunque es harto dura y fuerte
vuestra lamentable suerte,
que estais en mis manos ved.
El ser sangre de un traidor,
el ser de Albenzar la hija,
no estrañareis que hoy exija
gran dureza, gran rigor.

Felisa. (*Arrebatada y como fuera de sí.*)
No, no es hija de Albenzar;
es hija mia: es cristiana:
es de sangre castellana,
aquí nunca debió estar.

Maria. (*Conteniéndola con dignidad.*)
¿Qué osas, Felisa, decir?
No niego mi origen, no,
ni con imposturas yo
quiero el peligro evadir.
(*Al capitan.*)
Cristiana, es verdad, lo soy;
mas hija de Albenzar, sí;
que fuera un baldon en mí
negar á mi padre hoy.
El amor que me profesa,
porque al cabo es mi nodriza
á esta española castiza,
le inspira la invencion esa.
Pero no soy yo muger,
sea cual fuere mi ventura,
que á una cobarde impostura
quiera la vida deber.
Si el ser cristiana no basta
para templarse conmigo
el espantoso castigo
que ha merecido mi casta;
si es crimen la sangre mia,

que no lo borra mi fé,
pura víctima seré,
sin desmentir mi hidalguía.
Y si asi al cielo le plugo,
mis manos encadenad,
y mi cuello colocad
sobre el tajo del verdugo.
Pues si os pedí compasion
cuando vencedor entraste,
y con un muerto me hallaste
en este oscuro rincon;
No fue pediros la vida,
sí el honor, que en riesgo estaba,
cuando tras de vos entraba
la soldadesca atrevida.
Mas de nuevo á vuestra planta
os pido cumplais la ley
conmigo, que impone el rey,
pues su rigor no me espanta.
Antes bien, tal es mi suerte,
que es el mas grande favor
que hacerme pueden, señor,
el de apresurar mi muerte.

Garcia. (*Conmovido profundamente.*)
Basta, señora, os lo ruego.
Celeste encanto, cesad.
.... ¡Oh con cuánta actividad
me abrasa de amor el fuego!
Tomo de mi cuenta, sí....
¡Cielos!... ¿Por qué esta victoria,
que juzgué mi mayor gloria,
es ya infierno para mí?
Descuidad, resuelto estoy.
Por remediar vuestra suerte,
por salvaros de la muerte,
á perderlo todo voy.
Por premio pedirá al rey,
si mi hazaña ha de premiar,
vuestra belleza salvar
de la promulgada ley.
(*Con vehemencia.*)
Y su gracia, y la de Dios

perderé contento, y todo,
mi fama hundiré en el lodo
por merecer ¡ay!... de vos
una mirada propicia,
una muestra de interes.
(*Hinca una rodilla.*)
Pues que mi alma á vuestros pies
abrasada se desquicia.

Maria. (*Asombrada.*)
¿Qué es lo que haceis?... ¿Qué demencia?...
¡Señor capitan!... ¿qué es esto?
¿Vos ante mis plantas puesto?
¿Vos?... ¡Cielos!

Garcia. Sí. La violencia
de un encanto me ha rendido,
y desde el punto en que os ví
tan bella, me convertí
de vencedor en vencido.
Esta furiosa pasion,
que cual rayo fulminante
abrasa mi pecho amante
os merezca compasion.

Maria. ¡Señor capitan!

Felisa. (*Muy desconsolada.*) ¡Maria!

Garcia. (*Levantándose.*)
Angel divino, os adoro;
sois un celestial tesoro....

Maria. .... ¿Nombre de tanta hidalguia?...

Garcia. No os asombre nada, nada.
Vivireis, sí, yo lo juro,
que es mi pecho vuestro muro,
vuestra defensa mi espada.
Sin temor de aqui salid:
cuido yo vuestro decoro.
Pero.... pensad que os adoro.
Basta.—Tras de mí venid. (*Vase.*)

Maria. (*Muy abatida.*)
¡Felisa!... ¡Felisa mia!
raro peligro corremos.

Felisa. En el cielo confiemos,
desventurada Maria. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Decoracion corta de árboles y peñascos, y á un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale DON FERNANDO vestido de toscas pieles como pastor.

¡Oh cuánto Corbacho tarda!
¿qué habrá ocurrido?... ¡ay de mi!
Ya con inquietud aquí
mi ansioso anhelar lo aguarda.
¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda
su vuelta?... ¿La carta mia
habrá llegado á Maria?
—¿Querrá mi dichosa estrella
que torne á mis brazos ella,
cual amante le pedia?
(*Se pasea.*)
Aumenta mi sobresalto
el que toda la mañana
ha atronado esta montaña
rumor de lid ó de asalto.
Y aqui de noticias falto,
entre esperanza y temor
desde que cesó el rumor
lucho y el temor me gana,
porque en mi suerte tirana
lo seguro es lo peor.
Ni ya puedo prolongar
esta situacion penosa,
do mi estrella desastrosa
me ha podido colocar.
Milagro ha sido escapar
entre tanto desconcierto
con este trage encubierto,
sin que nadie me haya visto
los largos dias que asisto
en este oculto desierto.
(*Agitado.*)
¿Y el término cuál será?...
¡Cielos!... ¿Perderé á Maria

despues de tanta agonía,
ó mi amor la cobrará?—
¡Ay! si decretado está
que nunca yo la posea,
que agena ¡oh rabia! la vea....
Un rayo antes me confunda,
esta montaña se hunda,
y mi sarcófago sea.

(*Pausa.*)

¿Mas qué va á ser en el mundo
de mí infelice?... ¿Qué espero?
¿Qué porvenir fundar quiero?...
me anonado, me confundo.
—¿Qué digo?... Mis dichas fundo
en mi deliciosa llama,
junto á aquello que se ama
es mentira el orbe todo.
Son vago viento, vil lodo
cuna, estado, honores, fama.

(*Pausa.*)

¡Ay!... ¿Si mi padre supiera
que no en Flandes, sino aquí
me tiene perdido así
este amor, qué me digera?
¿Y si descubrir pudiera
que una morisca?... ¡Hado impío!
De pensarlo siento el frio
por mis venas de la muerte.
.... ¡Padre!... ¡padre!... ¡dura suerte!
Perdon, perdon, padre mio.
¡Cielos! que su maldicion
no me abrume. Enhorabuena
me desherede, tal pena
tenga mi ciega pasion.
Yo en el último rincon
de la tierra gozaré
lo que siempre llamaré
mi delicia y mi ventura,
y la infundada censura
del mundo despreciaré
al lado de mi Maria;
en el antártico suelo

bajo un nunca visto cielo
¿quién turbará mi alegria?
Allí con la espada mia
honraré mi ilustre cuna,
y en ocasion oportuna
otro estado ganaré,
y lo que alcanzan sabré
el amor y la fortuna.

Sale CORBACHO vestido de soldado, y con un envoltorio de ropa, que tira á un lado.

Corbacho. Mal haya amen el momento
en que tu estrella sañuda
te hizo ver á esa morisca
para pasar tanta angustia.
Y el punto y hora mal hayan
en que te dió la locura
de abandonar lo de Flandes,
por perderte en lo del Júcar:
en tan graves compromisos,
en tan negras desventuras,
reducido como fiera
á la estrechez de esa gruta.
Y á meterme á mí en embrollos,
en disfraces y en trifulcas,
que en Peralvillo es probable,
Dios sea sordo, que concluyan.

D. Fern. Corbacho, amigo.... ¿qué es eso?
Tus palabras me atribulan;
y en mis labios se amontonan
y se hielan las preguntas,
porque temo mil desastres
de esas tristes quejas tuyas,
y horribles presentimientos
me abaten y me conturban.

Corbacho. Pues ya metido en el paso,
do no debiste entrar nunca,
es forzoso, vive Cristo,
que de él con valor te escurras.

D. Fern. ¿Pues qué acontece? Dí, acaba,
ya la impaciencia me abruma.

Corbacho. Allá voy, que rebentado,
y hecho de hambre una aleluya,
no puedo mover la lengua
con la rapidez que buscas.
—Aunque con estos disfraces
en la soldadesca turba
entro y salgo, fue imposible,
como sabes, á mi astucia,
durante seis largos dias,
dar curso á la carta tuya.
Porque sitiado el castillo,
y defendido con furia,
y estando dentro tu amada
con toda la infame chusma,
llegar á ella no podia,
á no convertirme en grulla.

D. Fern. (*Impaciente.*)
¿Conque la carta?...

Corbacho. Un momento,
y lo sabrás todo, escucha.
Viendo el capitan Garcia
que aun la breba estaba dura,
apeló para ablandarla
á una militar astucia.
Y hoy mismo á la luz primera
fingió con destreza suma
emprender la retirada,
con apariencias de fuga.
Creyéronla los rebeldes,
y aun vencedores se juzgan,
y con su rey vergonzante
salió la morisca chusma,
en el alcance buscando
feliz término á la lucha.
A la abandonada villa
las mugeres sin cordura
descendieron anhelosas
en muchedumbre confusa:
yo me presumí que iria
Felisa el ama, sin duda,
como las demas; y cauto
me oculté en las angosturas

del camino, en unas tapias
que aquellas huertas circundan.
Ví pasar varias moriscas,
y como soles algunas,
cuando á muy pocos momentos
quiso mi buena fortuna
que venir viese á Felisa
sola, sola.

D. Fern. ¿Sola?...

Corbacho. Escucha.
Sola: la llamo, se para,
salgo á su encuentro, se asusta;
al pronto me desconoce,
iba á hablarla, cuando juntas
ví venir otras mugeres,
y temiendo me descubran,
torno á esconderme en las tapias....

D. Fern. (*Con viveza.*)
¿Y la carta?... ¡Oh suerte cruda!

Corbacho. La tiré á sus pies.

D. Fern. Y dime,
¿la tomó?...

Corbacho. Señor ¿lo dudas?
Yo se la ví alzar del suelo.

D. Fern. ¿Y sin respuesta ninguna
te vuelves?... Sin que siquiera....

Corbacho. Eso es ya pedir cotufas
en el golfo. Tú no sabes
cuán espantosa trifulca
se armó despues. En las tapias
quedéme, por si oportuna
ocasion se me ofrecia
de hacerle cien mil preguntas
á su vuelta. Mas de pronto
se alzó nueva barahunda;
que á salir de mi escondite
me obligó con priesa, y mucha.
Las tropas que figuraron
la retirada, á las turbas
de moriscos acometen;
otra vez la villa ocupan,
y la entregan á las llamas.

Pónense al momento en fuga
las infelices mugeres,
suben al castillo, y buscan
refugio en él: á él se acoge
herido en la escaramuza,
Albenzar, aun pretendiendo
prolongar allí la lucha:
y todo en vano. Garcia
habia dejado ocultas
en el inmediato bosque
dos banderas, que sin duda
de acuerdo con los del fuerte,
pues los traidores abundan,
lo escalaron sin defensa,
y todo fue muerte, angustia,
robo, confusion, ruina,
desolacion, llanto, furia.

D. Fern. (*Agitado.*) ¡Ay Corbacho!... ¿Y mi Maria?
.... Tú su infortunio me ocultas;
dime pues.... ¿En tal desorden?...
¿En tal trastorno?...

Corbacho. (*Con soflama.*) Te apuras,
señor, muy pronto. Está viva,
y un gran protector la escuda.

D. Fern. El cielo.

Corbacho. (*Con malicia.*) El cielo.... bien dices;
por medio de la bravura
del buen capitan Garcia,
que es hijo de la fortuna.

D. Fern. (*Alterado.*) ¡Corbacho!... dí.

Corbacho. En el momento
que se armó la barahunda
al castillo corrí, donde
ví aquella escena confusa.
Muerto á Albenzar encontraron
de su hija en brazos, en una
cámara. El señor Garcia
fue el que en ella entró, á la turba
soldadesca defendiendo
que hiciese allí de las suyas.
Mandó sacar el cadaver
á donde con voces mudas

predicase el escarmiento;
y él quedó con piedad suma
á la huérfana infelice
consolando....

D. Fern. (*Arrebatado de enojo.*) Calla.... ¡oh furia!
Calla, vil.... ¿osa tu lengua?

Corbacho. (*Intimidado.*)
Señor.... señor.... que me asustas;
yo no oso poner mi lengua
sobre persona ninguna.
Os refiero las hablillas
de la soldadesca chusma,
que ansiaba robar la estancia
que de Albenzar era tumba,
y que el capitan severo
defendió....

D. Fern. (*Irritado.*) ¡Canalla inmunda,
que no sabe que es de nobles
amparar la desventura
y defender á las damas
de la insolente gentuza!
(*Sospechoso.*)
Pero.... dime.... ¿largo tiempo
el capitan?...

Corbacho. ¿Qué preguntas?

D. Fern. (*Agitado.*) ¡Oh!... Si osara....—Mi Maria
es cual las estrellas pura.
.... Si el vencedor orgulloso....
¡Oh cielos!... La horrible punta
de un puñal envenenado
mis entrañas desmenuza.
—Corbacho, dime....

Corbacho. (*Con viveza.*) No pierdas
en amargas conjeturas
el tiempo. Toma un partido,
pues todo de aspecto muda.
Cuando una morisca solo
rica y de famosa alcurnia
era tu dama, podias
en esperanzas futuras
perderte, que al cabo era
cristiana hasta las enjundias.

Pero ya....

D. Fern. (*Precipitado.*) Corbacho, amigo,
la ley previene, y es justa,
que la morisca cristiana,
que con español se una
en matrimonio, se libre
de la proscripcion.

Corbacho. Tarumba
con tu ceguedad me vuelves.
Ya tu Maria no es una
morisca vulgar. Es hija
del que aun muerto se titula
rey de los moros, caudillo
de esta rebelion; y nunca
habrá para ella indulgencia.
Despues olvidas sin duda
quien es tu padre. Y olvidas
que cual desertor figuras
en Flandes, y que en España,
siendo por tu noble cuna
de Santiago caballero,
has faltado en esta lucha,
á que todos tus cofrades
concurrieron sin escusa.

D. Fern. (*Despechado.*)
¡Oh!... ¡pese á mi infausta estrella!
¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!
Desplómense estos peñascos;
ábrase á mis pies la tumba.

Corbacho. Bien claro te mostró el cielo
el que á esta sima profunda
tu pasion te despeñaba,
al despeñarte la furia
del caballo. Si tú entonces,
pues que saliste sin una
costilla rota, te hubieras,
renunciando á tus locuras,
vuelto á Flandes, ó á tu casa,
cantáramos la aleluya.
Y aun es tiempo....

D. Fern. (*Fuera de sí.*) Calla, cesa,
no acrecientes mis angustias:

ó la muerte, ó mi Maria;
ya tan solamente busca
mi enamorado despecho
de aquestas dos cosas una.
Sí, resuelto estoy. Corbacho,
responde pronto....

Corbacho. Pregunta.

D. Fern. ¿Dónde está Maria?... ¿dónde?
Hoy seré su esposo, ó nunca.

Corbacho. Cuando salí del castillo,
ya encadenada la chusma
de moros, la preparaban
á bajar con gran presura
y buena escolta á la villa.
Y de allí, segun mi industria
pudo inquirir, esta noche
dos cuerdas salen; la una
con la rendida canalla
á las playas donde surtas
estan las embarcaciones;
y la otra en que van juntas
las cabezas principales,
con Maria, por la ruta
de Valencia....

D. Fern. Dí ¿esta noche?

Corbacho. Esta noche, sí, no hay duda.

D. Fern. (*Resuelto.*) Pronto, sus, tráeme el caballo
que suelto el pasto disfruta
de estos montes, trae mi espada,
trae mis ropas, que me injurian
ya estos villanos disfraces.

Corbacho. ¿Qué intentas pues?... ¿qué procuras?

D. Fern. Con mi valor y mi acero
burlar la suerte sañuda
libertando como noble
á mi prenda de la furia
de sus verdugos.

Corbacho. Detente,
no te arrojes sin cordura
á un imposible, do solo
ó muerte ó deshonra buscas.
La cuerda va custodiada

con gente aguerrida y mucha
tú eres al cabo uno solo.

D. Fern. El que despechado pugna
por salvar á la inocencia,
y mas si el amor le ayuda,
vale por ciento.

Corbacho. Tu arrojo
y tu pasion te deslumbran.
Vas, traidor, contra el decreto
del rey á empeñar tal lucha.:
vas á deslustrar tu nombre;
vas, en fin....

D. Fern. (*Despechado.*) ¡Suerte sañuda!
Yo quiero ver á Maria.—
.... Con ella morir.

Corbacho. Escucha.
Supuesto que no desistes
de esa tu infernal locura,
da tiempo al tiempo, y prudente
válete de alguna industria,
para ponerte siquiera
de acuerdo....

D. Fern. (*Con viveza.*) Bien, piensa una.

Corbacho. Con el disfraz de soldado
puedes en la noche oscura
entre la escolta ingerirte:
con ella hablar, que es astuta;
y en la marcha, que no es corta,
disponer....

D. Fern. Sí, sí. Sin duda
me habla por tu boca un angel.
¿Mas dónde encontrar alguna
ropa de soldado...?

Corbacho. Al punto,
que mi prevision es mucha.
De un muerto que hallé aqui cerca,
al volver ahora en tu busca,
tomé todo el equipage.
(*Revolviendo el lio que puso á un lado al salir.*)
Y héle aqui.—Manchas lo ensucian
de sangre, porque su dueño
tenia una herida profunda,

pero nada importa.
D. Fern. (*Muy reanimado.*) Amigo,
tú remedias mis angustias.
Y pues ya la noche llega
y tierra y cielos enluta
con sus sombras, no perdamos
el tiempo, y Dios nos dé ayuda.
(*Entrase en la gruta, y Corbacho detras de él, llevándose el envoltorio.*)

ESCENA III.

Plaza de la villa de Alajuár, arruinada por el incendio. Aun arden á lo lejos algunas easas, y otras estan humeando. Empieza ó anochecer. Salen ABDALLA, ZEIR y dos ó tres MORISCOS de nota, cargados de cadenas, y rodeados de SOLDADOS ESPAÑOLES, con arcabuces y alabardas, y con ellos el SARGENTO, con gineta.

Sargento. Alto, perra canalla,
que no vais á un festin.
(*Todos se detienen en el fondo de la escena, sentándose unos, otros hablando entre sí, formando cuadro.*)
Zeir. ¡Cielos!... ¡Abdálla!
Abdalla. Zeir, lo que está escrito no podemos
los hombres contrariar. Solo debemos
resignarnos humildes los humanos
de Alá con los decretos soberanos.
Zeir. Maléc, ese cobarde
es quien nos ha vendido.
Abdalla. Pues no ha de hacer de su traicion alarde;
que un tósigo le dejo prevenido
con que beba la muerte.
Endulce esta venganza nuestra suerte.
Zeir. ¿Y cuál ¡ay! nos espera?
Abdalla. Terrible á la verdad y lastimera.
Pero grande es Alá, y él solo es grande.
Sargento. (*En el proscenio, apoyado en su gineta, y hablando consigo mismo.*)
¿Posible es que se ande
el señor capitan hecho un Cupido,

tras una vil morisca asi perdido;
y que aqui nos detenga,
porque su dama á sus anchuras venga?
—Vive Dios que no entiendo
cómo un hombre tan duro y tan tremendo,
y que ya no es muchacho,
se convierte en baboso mamarracho.
Vaya, me desespera.
...No sé qué le detiene
en hacer lo que yo sin duda hiciera,
pues que rendida en su poder la tiene:
admiro su cachaza... Mas él viene.

Salen el capitan GARCIA, MARIA y FELISA.

Garcia. ¿Marchó la cuerda, sargento,
que va á la costa?

Sargento. El camino
tomó para su destino,
en buen orden ha un momento.
Y no hay con ella cuidado,
pues que la manda Garcés.

Garcia. Teneis razon, porque es
el alferez gran soldado.
Disponed nuestra marcha en el instante,
llevando por delante
los soldados mejores
para ser de la ruta exploradores.
Y cuidad que no rompan las cadenas
los presos.

Sargento. Son muy gordas y muy buenas.

(*El capitan y el sargento van al fondo del teatro, como á revistar los presos y á ordenar la tropa.*)

Maria. (*Muy abatida, y como en secreto.*)
¡Ama mia!... voy muerta.
No por lo horrendo de mi suerte cierta;
sino por el amor que se ha encendido
en ese mal-nacido.
Pues con razon me temo
que con mi resistencia despechado,
ciego y desatentado
se arroje loco al criminal estremo

de abusar de su fuerza en el camino.
De asombro y de terror estoy sin tino.

Felisa. (*Llorando.*) ¡Infelice Maria!...
En la piedad confia
del cielo, que es de la inocencia amparo.
De tí ni un solo punto me separo,
y contigo, hija mia,
defendiendo tu vida y tu inocencia,
constante me verás hasta Valencia.
Y allí... si allí llegamos...
en la Virgen santísima pongamos
toda nuestra esperanza.
Tengamos en su auxilio confianza.

Garcia. (*Al sargento.*) Emprended la partida,
y esperad del lugar á la salida;
que pronto iré á alcanzaros.

Sargento. (*Con socarroneria.*)
¿Con que quereis quedaros
á ver si por la buena ese portento?...
—Si andais con tal melindre y miramiento,
ya vereis que os chasquea.
Está en vuestro poder, que vuestra sea.
(*Con recato misterioso.*)
En el camino acaso
un bosque muy espeso se halla al paso,
y en él lograr sin duda
podeis cuanto querais. Yo os daré ayuda.

Garcia. Bien. La marcha emprendamos.

Sargento. Arriba, vil canalla. Vamos, vamos.
(*Vase, llevando por delante los presos y soldados.*)

Garcia. (*Amoroso.*) Ya veis cuanto hago por vos,
á mi obligacion faltando,
y aun me está martirizando
vuestro ceño, vive Dios.
En todo os he dado gusto,
á todo por vos me allano,
que vuestro desden tirano
se ablande, señora, es justo.
Libre estais, vais sin cadenas,
Sola vos mandeis aquí,
teneis un esclavo en mí,
témplense, pues, vuestras penas.

Y dadme alguna esperanza,
oh soberana muger;
dejadme á lo menos ver
un asomo de bonanza.

Maria. (*Con altivez.*) Señor capitan, os ruego
que mas no me importuneis;
que mi suerte abandoneis;
que me dejeis luego, luego.
Yo nada exijo de vos,
de mí, pues, nada exigid.
Cual debeis me conducid,
que á mí me defiende Dios.

Garcia. Pensad cuál es vuestra suerte:
ved que estais en mi poder.

Maria. Yo no soy, señor, muger
á quien asusta la muerte.

Garcia. ¡Ay!... aun es tiempo, escuchad
á un corazon que os adora;
que por vos misma os implora...

Maria. Si honra teneis, acabad.

Garcia. (*Con vehemencia.*) Con ese ceño tirano
mas mi pasion encendeis,
y en el caso me pondreis...

Maria. Sois caballero, y cristiano.

Garcia. (*Resuelto.*) Que lo soy os probaré,
si al fuego que me devora
os mostrais grata, señora.
Todo lo aventuraré.
Por la ley puedo libraros
de la muerte ignominiosa
si quereis vos ser mi esposa;
y pronto estoy á juraros...

Maria. (*Con rapidez.*) Jamás, jamás; tiene dueño
mi voluntad, y por él
quiero morir.

Garcia. (*Despechado.*) ¡Oh cruel!
¿Con que es en vano mi empeño?
¿A otro amais?

Maria. Con alma y vida.

Garcia. (*Furioso.*) ¡Infeliz!... ¿Qué pronunciaste?...
Tú misma te condenaste,
envenenando mi herida.

Tiembla mi ciego furor.
Atropellaré por todo,
y de un modo ó de otro modo...
Felisa. Oh cielos, dadnos favor.
Garcia. ¡Ingrata!... te has de acordar.
Vamos, pues, vamos, marchemos.
Maria. (*A Felisa.*) En la Virgen confiemos,
que es quien nos ha de amparar.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

Decoracion que descubra todo el foro representando un oscuro bosque de noche, en tierra quebrada. Y en el fondo se vé un camino entre peñas y troncos. Salen DON FERNANDO y CORBACHO, ambos vestidos de soldados.

Corbacho. ¿No miras allí el camino?
Es aquella lista blanca,
que va tras de la barranca.
(*Escuchando atentamente.*)
Y viene á lo que imagino
ya la columna, señor.
Y aunque la noche está oscura,
que veo se me figura...
D. Fern. Claro se escucha el rumor.
Vamos hácia allá al momento,
y procura no ser visto,
teniendo el caballo listo,
para que en cualquier evento...
Corbacho. Vamos, pues. Pero prudencia
tan solamente os encargo.
Ved que el camino es muy largo
Hasta llegar á Valenria.
Y que una vez con Maria
puesto de acuerdo, podrás...
D. Fern. Descuida, y no digas mas;
en mi cordura confia. (*Vanse.*)

Salen y pasan por el camino del fondo del teatro ABDALLA, ZEIR y los MORISCOS, todos encadenados, y sonando los hierros, y delante y detras y á los lados en buen orden SOLDADOS ESPAÑOLES, con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas; y cuando ya todos hayan pasado, sale el capitan GARCIA, que trae asida del brazo á MARIA, y la empuja con fuerza hácia el proscenio.

Maria. ¡Qué es esto ¡oh cielos!, señor!
¿Qué arrebato?... ¿qué demencia?...
Garcia. (*Con voz ahogada.*)
Calla, y sufre la violencia
de mi despreciado amor.
Maria. (*Aterrorizada.*)
¿Un cristiano, un caballero,
de una infelice abusar?
Garcia. (*Desenvainando la espada.*)
Mi pasion has de premiar,
ó has de morir á este acero.
Maria. (*Cayendo de rodillas.*)
Socórreme, Virgen santa,
dame tu amparo y favor.
Garcia. (*Arrastrándola del brazo.*)
Nadie escucha tu clamor.
Ven conmigo, ven, levanta.
Maria. ¡Cielo!
Garcia. No te librará,
ni el infierno mismo, no.

Sale precipitado DON FERNANDO, con la espada desnuda.

D. Fern. Pero la liberto yo,
forzador vil...
Garcia. (*Suelta á Maria sorprendido.*)
¿Quién va allá?
D. Fern. Defiéndete, desdichado,
si te llamas caballero,
que se afrentára mi acero
de matar á un descuidado.
Ponte tras de mí, Maria,
que bajo mi amparo estás.

y cual te guardan verás
mi amor y la espada mia.

Maria. (*Corriendo á él.*) ¡Oh santos cielos!... Es él.
Sí, reconozco su acento.

Garcia. (*Turbado.*) ¿Eres del bosque portento,
ó emisario de Luzbel?
(*Se acerca.*)
(*Furioso.*) ¡Mi rival!... Ven á morir,
que es rayo ardiente mi espada,
á que no resiste nada.

D. Fern. Calla, si sabes reñir.

(*Riñen, y don Fernando le da una estocada.*)

Garcia. (*Titubeando.*)
Muerto soy. (*Grita.*) Hola, soldados...
que se fugan...
(*Entrase.*)
¡Ay de mí!

D. Fern. Huyamos pronto de aquí
en el cielo confiados.
Corbacho, por vida mia,
pronto el caballo.

Corbacho. (*Apareciendo al bastidor.*)
Aqui está.

D. Fern. (*Al irse con Maria.*)
A las ancas...

Corbacho. Bueno va.

D. Fern. (*Dentro.*) Agárrate bien, Maria.

(*Rumor de un caballo que arranca.—Suena un tiro, y ruido.*)

Voces dentro. ¿Dónde el capitan nos llama?

Sale el SARGENTO, con cuatro SOLDADOS.

Sargento. (*Apresurado.*) Hácia aquí, venid, volemos,
y este monte registremos
peña á peña, y rama á rama.



Jornada tercera.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una calle de la ciudad de Valencia.—Decoracion corta, y sale FELISA, muy afligida, de saya y manto, y con un rosario en la mano.

Felisa. ¡Ay mi Dios! recorro en vano
estas calles de Valencia,
para buscar un consuelo
ý de la infelice nuevas.
Hoy el pueblo alborotado
con la terrible sentencia,
que contra Zeir y Abdalla
y otros moriscos de cuenta
ha pronunciado el consejo,
de Maria no se acuerda:
ni se habla de su aventura;
ni de hácia donde estar pueda.
Al fin los pasados dias
su fuga tan solo era
la conversacion de todos
en calles, casas y tiendas.
Y el oir en los corrillos
nombrarla y hacer diversas
conjeturas, de consuelo
pudo servir á mis penas.
Mas hoy ya nadie la nombra,
nadie en su infortunio piensa.
(*Llora.*)

...Virgen soberana, madre
de la oprimida inocencia,
sedle escudo, sedle amparo,
y dadme luz con que pueda
descubrir... (*Sorprendida.*) ¿Pero qué veo?
jurára, cielos, que él era...
Sí... ¡Corbacho!...

Sale CORBACHO, embozado.

Corbacho. (*Sorprendido.*) ¡Ama Felisa!
Felisa. ¿Cómo, tú, por esta tierra?...
¿Y Maria?... ¿Y don Fernando?
¿No me traes noticias de ella?
¿No me dices?...
Corbacho. ¿Por ventura
que sé de ellos algo piensas,
cuando anhelaba encontrarte
para que tú me dijeras?...
Felisa. (*Desconsolada.*)
¿Qué he de decirte, Corbacho?...
¿Cómo darte, amigo, nuevas
que busco anhelante?...
Felisa. Díme,
¿tú desde cuándo en Valencia?
Corbacho. Desde que entraron los presos,
hace tres dias.
Corbacho. Yo apenas
ha dos horas que he llegado.
Felisa. ¿Pero tú, despues de aquella
terrible noche, seguiste?...
Corbacho. ¿Y quién seguirlos pudiera?
Muerto el capitan, mi amo
mas veloz que una saeta,
con la morisca á las ancas
en las lóbregas tinieblas
desapareció. Y yo ¿cómo
á pie seguirlos pudiera,
no estando antes prevenido
de adonde se dirigieran?
Cuando se alzó aquel desórden
con las voces y las quejas

del herido, agazapéme
oculto entre la maleza,
para no ser descubierto,
y pagar culpas agenas.
Y al aparecer el alba
tomé una trillada senda
que se me ofreció: y vagando,
no sin peligro y miseria
por todos los escondites
de aquellas fragosas sierras
he estado; hasta que aburrido
vengo sin norte á Valencia,
por ver si de mi amo logro,
que le quiero mucho, nuevas.
Pero tú, Felisa, ¿cómo
abandonaste á tu prenda
en aquel conflicto?... ¿Cómo
sin tu amparo acometerla
pudo el capitan?

Felisa. Corbacho,
cómplice el sargento era
del crimen sin duda alguna,
pues con infernal cautela,
en cuanto cerró la noche,
despues de que con reserva
le habló el capitan, mi mula
aseguró por la rienda,
sin apartarse ni un punto:
y al atravesar la cuerda
el bosque, de mi Maria
me separó con destreza,
tomando por un atajo
al través de las laderas:
y cuando escuché sus voces,
sus lamentos y sus quejas,
ya me hallé entre los soldados,
y á grande distancia de ella.
En medio de aquel desórden
intentaron sus cadenas
romper los míseros presos,
y armóse grave pendencia
entre soldados y moros,

sin que yo infeliz pudiera,
aunque bien quise, fugarme;
y en llanto amargo deshecha,
me resigné con mi suerte,
y llegué aqui con la cuerda.
Al punto, como á española,
me dejaron en completa
libertad, (*Llora.*) y ando perdida
solo ansiando tener nuevas
de aquella infeliz.

Corbacho. No llores.
Que está en salvo es cosa cierta.

Felisa. Hágalo el cielo.

Corbacho. Felisa,
y es verdad esa sentencia?

Felisa. Lo es, y terrible... terrible...

Corbacho. No hay nada que no merezcan.

Felisa. (*Compasiva.*) Es asi... pero...

Corbacho. Tu amo
tuvo mas feliz estrella,
que al cabo como valiente
pereció. Pues si hoy viviera...

Felisa. ¡Qué lástima! Era indomable
y muy ciego por su secta;
pero muy caritativo,
de muy gallarda presencia,
de pensamientos muy altos,
y de muy clara nobleza.
Diez y ocho años he comido
su pan... y una ingrata fuera
si no llorara su muerte,
si no elogiara sus prendas.
...¡Cuántas desgracias!...
(*Llora.*)

Corbacho. ¡Felisa!

Felisa. Voyme. Corbacho, á la iglesia,
á que la Virgen piadosa
por nosotros interceda.

Corbacho. Pues yo no sé donde vaya,
ni tampoco donde pueda
hallar abrigo.

Felisa. Si quieres...

en casa de una parienta,
que pobremente me aloja...

Corbacho. Basto yo para pobreza.
¿Y dónde es?

Felisa. Allá en la plaza.
Alejándome voy de ella,
para no ver el suplicio
de esos dos, que al cabo eran
conocidos.

Corbacho. Pues á verlos
ahorcar voy, malditos sean.
Yo te buscaré.

Felisa. Si logras
alguna noticia cierta...

Corbacho. La sabrás en el momento.

Felisa. Pues á Dios.

Corbacho. Con él te queda.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA II.

El teatro representa el gran salon del consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III: en medio una gran mesa con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario.—Sale por un lado EL CONDE DE SALAZAR, ricamente vestido, y con el collar del toison de oro. Y por otro EL COMENDADOR MAYOR de la orden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa, y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro.

Conde. ¡Oh señor comendador!

Comend. (*Con respeto.*) ¡Oh excelentísimo conde!
Bien la fortuna responde
á vuestro sabio valor.
Esta desastrosa guerra
ya de un modo ó de otro modo
termina, y queda del todo
en seguridad la tierra.
Y á vuestro noble teson
y prudencia debe el rey,

de esta rebelada grey
ver cumplida la espulsion.

Conde. A la prudencia y lealtad
del consejo solamente
servicio tan eminente
hoy debe su magestad.

Comend. Pero el alma del consejo
ha sido vuestra escelencia,
que tiene la presidencia.

Conde. Solo por ser el mas viejo.

Comend. Ya viene el señor marques
de Caracena.

Conde. Y estamos
todos, pues solo formamos
hoy el consejo los tres.
Puesto que los otros dos
con encargos diferentes
estan de Valencia ausentes,
al rey sirviendo, y á Dios.

Comend. ¿Dónde nuestro patriarca?

Conde. Con caridad esquisita
á la canalla maldita
allá en Alicante embarca.
Por la raza delincuente
mostrando una suavidad
que no me gusta en verdad
con tan depravada gente.

Comend. ¿Y don Agustin Mexía?

Conde. Queda aun guardando la sierra,
aunque terminar la guerra
consiguió su valentía.

Comend. Grande en el consejo es
su ausencia.

Conde. Mas sin embargo
cumpliremos nuestro encargo,
que poco falta, los tres.

Sale EL MARQUES DE CARACENA, virey, ricamente vestido á la usanza militar, y con baston, botas y espuelas.

Marques. ¡Oh gran Comendador, oh insigne conde,
perdonad mi tardanza: recorriendo

de la ciudad las calles receloso
de que hoy pudiera conmoverse el pueblo,
no me ha sido posible mas temprano
al consejo acudir.

Conde. A muy buen tiempo
llegais, señor marques.

Marques. Era preciso
estar alerta entre el concurso inmenso,
que se ha agolpado á presenciar la muerte
de esos desventurados.

Conde. ¿Tuvo efecto
sin novedad?

Marques. Sin novedad alguna,
y quiera Dios que sirva de escarmiento.

Conde. Pues estamos los tres, que solamente
hoy, señores, formamos el consejo,
podemos proseguir nuestras tareas,
que ya, gracias á Dios, van concluyendo.

(*Hace una seña, sale el secretario, y se sientan todos en sus respectivos puestos al rededor de la mesa.*)

Conde. (*Con gravedad.*)
El embarco prosigue en estas costas
con toda actividad. Los tristes restos
que aun en los montes de rebeldes quedan
no dan cuidado ya: rotos, dispersos,
sin encontrar abrigo en parte alguna
desaparecerán rendidos luego.
Solo la fuga audaz de esa morisca,
de la hija de Albenzar, de aquel protervo
que osó llamarse rey, siendo cabeza
de las sérias revueltas de este reino,
nos pudo ocasionar algun cuidado.
Mas ya noticia positiva tengo
de que fue con su cómplice arrestada
de la vecina Mancha en los linderos.
Debiéndose prision tan importante
á la astucia y presteza del sargento
de aquella tropa misma, que no pudo
la fuga remediar. Y hoy mismo espero
que lleguen á Valencia, asegurados
con buena escolta y con seguros hierros.

Comend. Bendito sea el Señor. La tal morisca

me daba, y con razon, graves recelos.
Marques. ¿Tanta importancia esa morisca tiene?
Conde. Mucha: que de belleza es un portento,
y aun mas de discrecion y de osadia.
La sangre y los altivos pensamientos
del padre representa, y con su nombre
podido hubiera reanimar el fuego
de la atroz rebelion, aun no estinguido.
Y de que tales eran sus deseos
es prueba el modo de emprender la fuga,
y lo es su direccion hácia Toledo,
en donde los moriscos se preparan
á dar nuevos escándalos al reino.
Mas pues la pone Dios en nuestras manos,
con un castigo rápido y tremendo
imponga á los rebeldes musulmanes
saludable terror, santo escarmiento:
y al rodar su cabeza en el cadalso
húndanse de su raza los proyectos.
Comend. Es su pronto castigo indispensable,
y el castigo á la par de ese protervo,
que osó salvarla con armada mano,
cómplice de sus locos pensamientos.
Conde. Que la sentencia pronunciada sea,
importa brevedad, pido al consejo.
Y le propongo que la infiel morisca,
y el pérfido traidor, que osó encubierto
con las tinieblas de la noche oscura
la cuerda acometer con tal denuedo,
á su gefe matar y libertarla,
sean sin tardanza en el cadalso puestos
en donde la cuchilla del verdugo
corte sangrienta sus altivos cuellos,
y que en sendas escarpias las cabezas
queden y sirvan de terror y ejemplo
á la raza infernal, mientras las llamas
tornen ceniza sus infames cuerpos.
Propongo este castigo, y nos le exigen
de nuestro rey la causa y la del cielo.
Comend. ¿Pero quién es el cómplice alentado
de esa altiva muger se ha descubierto?
.... Que algun morisco personage sea

el insensato audaz, señores, creo;
tal impiedad, traicion tan arrogante,
de un cristiano español pensar no puedo.

Conde. Sea morisco ó cristiano, la sentencia
debe al punto tener cumplido efecto;
con media hora le basta, si es cristiano,
para impetrar la compasion del cielo.
Y si antes de ponerse el sol llegasen
antes de que se ponga considero
indispensable que presencie el mundo
el urgente suplicio de ambos reos.

Marques. .... ¿Tal precipitacion?...

Conde. Es necesaria.

Marques. De la pública voz suena en los ecos,
que es fiel y que es cristiana esa morisca;
que lo es de corazon.

Conde. Siempre estos perros
saben fingirse tales, esperando
hallar asi piedad en nuestros pechos.

Marques. Si lo es de veras....

Conde. (*Con autoridad.*) Morirá sin duda,
dándole solo el necesario tiempo
para pedir á Dios misericordia.

Marques. Al cabo una muger....

Conde. (*Con calor.*) Ni edad ni sexo
de esta raza infeliz encontrar debe
compasion ni piedad en tal momento.
Y no es muger, señores, es la hija
del que á llamarse se atrevió soberbio
rey de Valencia; del que fue aclamado
como tal rey por el morisco pueblo;
del que la guerra atroz ha embravecido,
dejando un nombre, aunque en verdad funesto,
á esa infelice, que turbar pudiera
el reposo y quietud de todo el reino.
Su muerte es necesaria para darnos
seguridad, y lo es para escarmiento
la del osado que salvarla pudo,
un atroz homicidio cometiendo:
que vacile me pasma en este punto
el valor y entereza del consejo.
Torno la misma pena á proponerle

que ha un momento indiqué. Y á tal estremo
llega mi conviccion de que la exigen
la justicia del trono y la del cielo;
que si fuera hijo mio el alevoso,
y ella mas pura que el mayor lucero,
y mas cristiana que mi madre misma,
al patíbulo juntos, al momento
de llegar á Valencia los sacara
sin dar indicios de dolor mi pecho.

Comend. Tal consideracion pesa en mi mente,
y la sentencia que indicais apruebo.
El nombre de Albenzar es necesario
estinguir de una vez. Y en cuanto al reo
la ley está, señores, terminante:
dos crímenes en él graves advierto;
haberle dado á un capitan la muerte,
que estaba con lealtad al rey sirviendo;
y haber prestado auxilio á los moriscos,
accion vedada por el bando régio.
Justa es la pena que á los dos se impone,
y es conveniente ejecutarla presto.

Conde. ¿Y vos, señor marques?...

Marques. (*Dudoso.*) Yo.... Señor conde....
Mas detencion quisiera, lo confieso;
que es criminal el robador es claro,
de un atroz homicidio lo es al menos,
pero á una joven por su nombre solo,
pues que sea criminal aun no sabemos,
á una joven, que dicen ser cristiana,
á una muger en fin.... No, me estremezco,
no puedo condenar....

Conde. (*Con firmeza.* Cuando lo exigen
de la iglesia la paz, y la del reino,
y el delito de fuga está probado
escrúpulos tan nimios no comprendo.

Marques. Mi voto no entorpece la sentencia;
dada está, pues que tiene ya los vuestros,
no ha menester para cumplirse el mio.

Conde. Asi es, señor marques. Mas considero
que la unanimidad fuera importante
para resolucion de tanto peso.

Marques. Cada cual deje su conciencia á salvo.

Conde. (*Resuelto.*) Yo ratifico mi opinion de nuevo.
Comend. Yo con ella de nuevo me conformo.
Marques. (*Levantándose de la mesa.*)
Vuestra es la votacion.
Conde. Estadme atento,
y estended la sentencia, secretario.
(*El conde dicta en voz baja y el secretario escribe.*)
Marques. (*Paseándose lentamente aparte.*)
Tal vez al rey disguste.... Mas no puedo
resolverme á votar esa sentencia.
—Mi corazon angustian los recuerdos
que jamás se han borrado de mi mente.
.... ¡Ay!... hoy destrozan mi abismado pecho
como un puñal agudo envenenado.
.... ¡Oh montes de Alajuár!... ¡Oh santo cielo!
¡diez y ocho años! Mi agitada mente
vaga sin luz en laberintos ciegos.
(*Pausa.*)
Es la hija de Albenzar.... ¿cómo pudiera?
Es la hija de Albenzar.... sí me resuelvo.
Nada añade mi firma á la sentencia.
Si el rey, si mis amigos, si el consejo
desconfian tal vez por mi repulsa
de mi lealtad, de mi cristiano celo....
resuelto estoy.
Conde. Comendador, la firma.
(*Firma el comendador.*)
¿Y persistís, marques?... dudoso os veo.
Marques. (*Acercándose á la mesa.*)
Aunque la compasion que siempre inspira
la tierna juventud pudo mi pecho
conmover, que me adhiera al cabo es justo
á vuestra decision, que yo respeto.
De mi rey el servicio, y del Estado
la próspera quietud son lo primero. (*Firma.*)
Conde. Siempre tal esperé, marques ilustre,
vuestra sangre gloriosa conociendo.
(*Al secretario.*) Refrendadla y selladla, secretario.
Y haced que el bando se publique luego:
puesto que debe ser ejecutada
en cuanto lleguen los inicuos reos.
(*Vase el secretario con la sentencia, y el conde y el co-*

mendador y el marques se levantan de la mesa y vienen al proscenio.)

Marques. Hasta mañana conveniente fuera
acaso dilatar....

Conde. (*Con viveza.*) ¿Y con qué objeto?
De rebelion el espantoso crimen
pide castigo rápido y violento,
pues con uno tan solo, las mas veces,
ejecutado sin perderse tiempo
se atajan graves daños.

Comend. Sí, se atajan.
Y es piedad el rigor que pone freno
á delitos sin fin, que arrastrarian
al patíbulo víctimas sin cuento.

Sale EL SECRETARIO.

Secretar. Señores, han llegado
los presos á las puertas de Valencia,
y el sargento, encargado
de ellos, espera del consejo audiencia.

Conde. ¡Oportuna llegada!
De la ciudad previne que á la entrada
los presos detuvieran
temiendo que la plebe conmovieran.
Y mandé que al momento
viniese á mi presencia ese sargento,
con todas las noticias y papeles,
que debe haber cogido á esos infieles.
(*Al secretario.*)
Esa torre contigua á este palacio
á los dos reos guarde:
puesto que han de vivir tan corto espacio
como hay de aqui á la tarde.
Y venga un religioso,
que, si cristianos son, pueda piadoso
absolverlos propicio,
y acompañarlos luego hasta el suplicio.

Secretar. ¿Y el sargento?

Conde. Que mas no se detenga
á presentarse ante el consejo venga.
(*Vase el secretario.*)

La bengala ha ganado
con el celo y valor que ha desplegado.
(*Se sientan otra vez en la mesa el conde, el marques y el comendador.*)

Sale EL SARGENTO como quien viene de camino, y se detiene respetuoso á la entrada.

Conde. No os detengais, valiente.
Decid cómo encontrásteis á esa gente,
y cuanto hayais logrado en el camino
descubrir de su ciego desatino.
Sargento. Perdone vuescelencia,
que razon es se turbe en la presencia
de este augusto consejo,
y que se muestre atónito y perplejo
un oscuro soldado,
al campo y al cuartel acostumbrado.
Conde. Vuestra lealtad y celo
os deben de quitar todo recelo.
Y ya el consejo piensa
en daros la ganada recompensa.
Hablad, pues, que os escucha.
Sargento. Mi gratitud á su bondad es mucha.
(*Se adelanta.*)
Seguí con cuatro soldados
la pista á los fugitivos,
por enmarañados bosques,
por asperezas y riscos,
reconociendo cabernas,
registrando caseríos,
sin descansar un momento,
sin concederme un respiro.
cuando á la segunda noche
de fatiga el cielo quiso,
con las noticias recientes
que recogí en un aprisco,
indicarme que no habia
equivocado el camino.
Pues que aquella misma tarde,
un viejo pastor me dijo,
habian estado en la choza,

con el caballo rendido,
el mancebo y la morisca
que buscaba con ahinco.
Tambien me indicó la senda
que tomaron, y aun el sitio
donde estarian, que incautos
tal vez de él dieron indicios.
Me arrojé á su alcance al punto
mas constante y mas activo,
aunque ya mis camaradas
estaban desfallecidos.
Marchamos la noche toda,
y ya en el término mismo
de Castilla, al sol naciente
llegamos á un lugarcillo
miserable, y en su ermita
con los desdichados dimos.

Marques. (*Admirado.*)
¿En una ermita?

Sargento. Y con ellos
un sacerdote....

Marques. ¡Dios mio!
¿Un sacerdote?

Sargento. Allí estaba....

Comend. ¿Cómplice...?

Sargento. Yo sus designios
no sé, señores, ni tiempo
le dí, para descubrirlos.
Pues fui mas veloz que un rayo,
en cuanto á los fugitivos
reconocí, en sorprenderlos,
atarlos y conducirlos.
El mancebo valeroso
uso hacer restado quiso
de un pedreñal que llevaba
junto al estoque en el cinto.
Pero yo con la gineta
le dí un golpe con tal tino,
que le hice perder el suyo
rindiendo á mis pies su brio.
La morisca desmayóse,
y el cura resistir quiso

que los prendiese, y furioso
yo no sé cuánto me dijo
de matrimonio, de fieles,
de profanacion, de ritos.
Pues sin escucharle nada,
asegurados y listos,
saqué al campo mis dos presos,
y hácia aqui tomé el camino.

Conde. De su magestad en nombre,
por tan completo servicio,
os doy la bengála.

Comend. Es justo.

Marques. El rey sabrá vuestro brio.

Sargento. Yo me confundo, señores,
y honras tan grandes estimo.

Marques. (*Suspenso.*) ¿En una ermita?... ¿Con ellos
un sacerdote?... Es preciso....

Conde. (*Interrumpiéndole con severidad.*)
Nada en el momento importa.
Fácil será descubrirlo
despues. Lo que ahora interesa
es que salgan al suplicio.

Comend. (*Al sargento.*)
¿Y habeis, decid, descubierto
por ventura en el camino
algo de sus locos planes?

Sargento. Ni una palabra me han dicho:
á mis contínuas preguntas
con sollozos y gemidos
la morisca contestaba;
y el mancebo con desvío,
guardando tenaz silencio
impenetrable y tranquilo.

Conde. Son esos perros muy duros.

Marques. Él es tambien un morisco....

Sargento. No señor, que es caballero
español, y muy altivo.
Su porte y sus ademanes
dan de alta nobleza indicios.

Marques. (*Con interes.*) ¿Y la morisca?

Sargento. Confieso,
y no soy muy compasivo,

que lástima algunos ratos
me causaba el verla, fijos
en el mancebo los ojos,
y el rostro, que es un prodigio,
de lágrimas inundados.

Comend. ¿Y fugarse no han querido?

Conde. ¿No han tentado con ofertas
vuestra lealtad?

Sargento. ¿Pues qué? digo,
¿á esta cara, á estos mostachos
se atrevieran los nacidos,
con tales proposiciones?...
Se guardáran, vive Cristo.

Conde. ¿Y les hallásteis papeles?

Sargento. Lo primero fue el bolsillo
registrarles, y por cierto
no lo llevaban provisto.
Y aunque lo hubieran llevado
de oro y de joyeles ricos....
Dios me libre: por mi vida
seguro estaba, lo afirmo;
que soy montañés, y nunca
me apropio lo que no es mio.
Registrélos por si acaso
encontraba algun indicio
de traicion. Mas solamente
en la escarcéla del lindo,
(*Saca un paquete de cartas atadas con un liston.*)
atados con esta cinta
encontré estos papelillos,
que me parecen las cartas
de algun buen padre á su hijo.
Pero como no conserva
ninguna su sobrescrito,
y estan en abreviatura
las firmas, nada he podido
yo, que soy lector escaso,
sacar, señores, en limpio.

Conde. A ver.... dádmelas.

Sargento. (*Se acerca á la mesa y entrega el paquete al conde.*) Son estas;
no llevaba mas consigo.

Conde. Id con Dios. Muy satisfecho
queda de vuestros servicios
el consejo, y el despacho
tendreis de capitan vivo.

Sargento. Y yo, por honra tan grande
ante el consejo me humillo.
(*Aparte yéndose.*)
Si hoy empuño la bengála
no habrá quien pueda conmigo. (*Vase.*)

Marques. Señor conde, ¿qué os detiene
las cartas en recorrer?
importante puede ser
lo que en ellas se contiene.

Conde. (*Pone el paquete cual lo recibió sobre la mesa, y encima de él la mano.*)
Segun ha dicho el sargento
no presentan luz alguna.
Y si la dan, oportuna
no la juzgo en el momento

Comend. (*Perplejo.*) Si es caballero español
ese reo.... descubrir....

Conde. (*Con entereza.*)
¿Para qué, si ha de morir,
aunque fuera el mismo sol?
De nada le sirve al juez
el nombre del delincuente;
antes gran inconveniente
es el saberlo tal vez.
(*Pausa.*)
¿Que ese preso ha asesinado
á un capitan, de servicio
en importante ejercicio,
no está, señores, probado?

Marques y Comend. Sí lo está.

Conde. ¿Y la general
ley, de todos conocida,
no condena al homicida
á la pena capital?

Marques y Comend. Es cierto.

Conde. ¿Y no es evidente
que siendo traidor al rey
ha quebrantado la ley,

en que terminantemente
se prohibe el impedir
del bando infiel la espulsion,
condenando, y con razon,
á quien lo intente á morir?

Marques y Comend. No hay duda.

Conde. (*Resuelto.*) Pues solo veo
en quien hizo cosas tales
de dos penas capitales
un imperdonable reo.
Y dada desde esta silla
una sentencia legal,
aunque sea el criminal
un infante de Castilla,
se ha de cumplir, vive Dios.

Sale EL SECRETARIO.

Secretario. Ya va á publicarse el bando,
y el pueblo hierve anhelando....

Conde. ¿El suplicio de los dos?...
dentro de una hora será.

Secretario. No señor. Suenan rumores....

Conde. (*Con desprecio.*)
¿Qué dicen los habladores?
.... Mas ¿quién crédito les da?...

Secretario. Dicen que un Grande de España
es el mancebo.

Conde. (*Con burla.*) ¿No mas?

Secretario. Y que su accion es quizás
mas bien que delito, hazaña.
Dicen que cristiana y fiel
es la morisca.... Son varios
los cuentos estraordinarios
que de ella cunden y de él.
y reina gran ansiedad.

Conde. (*Con viveza.*)
Las tropas á todo evento,
no haya algun traidor intento,
señor marques, preparad.

Marques. (*Levantándose.*)
Voy. Mas juzgo necesario,

puesto que en la poblacion
reina alguna agitacion,
como dice el secretario,
á punto fijo saber
la importancia del tal reo,
y por esas cartas creo
que se podrá conocer.
Pues aunque el sargento rudo
nada de ellas descubrió,
si bien se examinan, yo
que algo se encuentre no dudo.

Comend. Pues que no se ha de alterar
por su contenido en nada
la sentencia pronunciada,
se pueden examinar,
para que las precauciones
segun la clase del preso....

Marques. Solamente para eso
busco estas indagaciones.

Conde. (*Incomodado.*)
Accedo contra mi gusto,
si os anima ese interes;
pues con esa razon, es
que yo me conforme justo.

(*Desata el paquete de cartas, y al ver la primera, se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbacion.*)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Es verdad,
ó es un sueño que me engaña?...

Marques. (*Aparte.*) ¡Qué turbacion tan estraña!
(*Alto.*) ¿Por qué, conde, esa ansiedad?...

Conde. ¡Ay de mí!... ¡suerte cruel!!!

Comend. ¿Qué descubrís, señor conde?
¿Qué grave secreto esconde
ese angustioso papel?

Marques. (*Dudoso.*) Yo la causa no colijo....

Conde. (*Fuera de sí.*)
Amigos.... El criminal
que va al cadalso fatal....
es....

Marques y Comend. (*Con gran ansiedad.*)
¿Quién es?

Conde. ¡Cielos! Mi hijo.

(*Cae sin sentido en el sillon, y le cercan y socorren atónitos el marques, el comendador y el secretario.*)

ESCENA III.

Decoracion corta, que representa el interior de una reducida prision, y salen MARIA y DON FERNANDO, vestido de soldado, y ambos con cadenas y en gran abatimiento.

Maria. ¡Oh Fernando!
D. Fern. ¡Ay Maria!
Maria. ¡Esposo mio!... ¡Cielos!
D. Fern. Al darme tú ese nombre,
en guirnaldas se tornan estos hierros.
¿Qué me importa la vida,
si en tus brazos la pierdo,
y juntas nuestras almas
de este mundo infeliz alzan el vuelo,
inocentes y puras,
á recibir á un tiempo
en la mansion celeste
la santa bendicion del Dios eterno?
Maria. ¿Tú morir?... ¡Mi Fernando!
¿Tú morir?... Me estremezco.
...¿Qué delito es el tuyo?...
Muera yo sola, pues delito tengo.
Si nací delincuente,
la sangre que en mi pecho
por tí late es delito,
delito propio que pagar yo debo.
¿Pero tú?...
D. Fern. El adorarte
es un crimen horrendo
á los ojos del mundo,
y de tal crimen me pregono reo.
Maria. ¡Fernando!
D. Fern. ¡Dulce esposa!
Maria. (*Con gran vehemencia.*)
Sálvate, te lo ruego.

No me espanta la muerte,
no me espantan los bárbaros tormentos,
si tu vida se salva.

D. Fern. Yo sin tí la detesto,
y es ya morir contigo
la mayor dicha que afanoso anhelo.

María. ¡Fernando!... tus palabras
desgarran ¡ay! mi pecho.
¿tú morir?... No, ¡Dios mio!
Una víctima basta.

D. Fern. (*Con gran ternura.*) Amor y el cielo
hoy piden dos.

María. Esposo:
yo sola morir debo.
Cumpliéronse mis dias...
Pues alcancé á ser tuya, nada espero.
¡Pero tú!... ¿No contemplas
el porvenir inmenso,
que Dios te da propicio?...
Ingrato, ¿podrás, tú, desconocerlo?
Tu padre... sí, tu padre...

D. Fern. Calla, calla, ¡oh tormento!...
Allá en Flandes me juzga...
Sepa quien soy, despues que hubiere muerto.
...¿Yo, sin poder salvarte
intentar?... ¡Dios eterno!
Jamás.

María. Sí, que resuelta
á revelarle voy todo el secreto.
Yo llamaré á tu padre,
y á sus pies...

D. Fern. Vano esfuerzo:
es un juez inflexible.

María. Pero es padre tambien.

D. Fern. Tambien soy reo.

María. ¿De qué crimen?

D. Fern. De amarte.

María. ¿Qué importa, si yo muero?

D. Fern. De un homicidio.

María. Es falso.
El dar castigo á un forzador perverso
salvando á una infelice,

no ha sido en ningun tiempo
crimen. Y tu inocencia
publicará mi labio al universo.

D. Fern. Y moriré.

(*Se oye ruido, y el cerrojo y llave de la prision.*)

María. (*Suspensa.*) ¿No escuchas?...

D. Fern. ¡Qué horror!...

María. ¿Llegó el momento?...

D. Fern. (*Mirando á la puerta sobrecogido de terror.*)
¡Mi padre!... ¡Oh desventura!
Huye, déjame solo, te lo ruego.

(*Empuja á María con violencia, hasta sacarla de la escena, y él queda confuso al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido.*)

Sale EL CONDE DE SALAZAR, embozado, y se detiene á la entrada, clavando los ojos en don Fernando, y retirándolos al empezar á hablar.

Conde. Él es.—¿Podrá mi valor
tan alto punto alcanzar?
—Mi planta siento temblar.
¡Oh cielos!... dadme favor.
Mas si él es... ¿qué espero aquí?
Si es cierta mi desventura,
¿qué busco ya, qué procura
mi afan?... ¡infeliz de mí!
(*Pausa.*)
Si no fuera criminal...
¡Ay!... Si disculpa aun tuviera...
Si alguna desdicha fiera
le arrebató á esceso tal...
¿Ya pretendo alucinarme
buscando disculpas vanas?
¿Quiero mancillar mis canas?
(*Resuelto.*)
Solo huyendo he de salvarme.

(*Va á partir, y se detiene á la primera voz de don Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro.*)

D. Fern. ¡Padre!... ¡Señor!... ¡Padre mio!

(*Corre y se arroja á sus pies, y le abraza las rodillas.*)

Una vez entrado aquí,
¿os vais si hablarme así,
abandonándome impio?

Conde. (*Inflexible y sin volver el rostro, y con afectado sosiego.*)
Tengo un hijo solamente,
que sigue en Flandes la guerra.
¿Cómo puede en esta tierra
preso estar, ser delincuente?

D. Fern. Golpes de fortuna son,
que esplicados...

Conde. (*Con reconcentrado furor.*)
¡Esplicar,
¡oh traidor! el ayudar
á la morisca nacion!!!

D. Fern. (*Abatido.*) ¿Yo... caballero... cristiano
á tal crimen arrojarme?...
(*Despechado.*)
¿Y quién osa apellidarme
traidor?... ¡Cielo soberano!
¡Padre!

Conde. (*En la misma actitud.*)
El delito es patente.
¿No osásteis vos atacar
los rebeldes por salvar...?

D. Fern. (*Con energía.*)
Quien tal os ha dicho miente.

Conde. Y de noche, en un camino,
quebrantando toda ley,
de un capitan de su rey,
fuera mi hijo el asesino?

D. Fern. (*Levantándose con dignidad.*)
¡Padre! ¡Padre! Basta ya.
¡Asesino!... ¿Quién, señor?
¿De vuestra sangre el valor
juzgais que tan bajo está?
(*Con entereza.*)
Con razon y frente á frente
cruzándose los aceros,
cual cumple entre caballeros,
le herí, señor, noblemente,
á una infelice amparando

que en un monte violentar
quiso el feroz militar,
de su poder abusando.
Al gemido del despecho
de la víctima acudí,
y logré salvarla. Sí...
vos lo mismo hubiérais hecho.
Que amparar á una muger
oprimida y principal
de todo ultraje brutal,
es un sagrado deber.

Conde. *(Se va volviendo lentamente, enternecido al oir los últimos versos, se desemboza, y sin mirar aun á su hijo, dice aparte muy conmovido.)*
¡Cielos!... ¡Cielos!... Si es asi,
disculpa tiene su arrojo.
Gran disculpa. *(Alto.)* Me sonrojo
de haber dudado de tí.
(Le echa los brazos.)
¡Hijo mio!... ¡Hijo!
(Despues de una ligera pausa, recobra su entereza, y lo separa de sí con severidad.)
Mas... no.
Con la mora te fugaste,
y el decreto quebrantaste
que darle amparo prohibió.
Y salvando de Albenzar
á la atrevida heredera,
del rebelde la bandera
del polvo osastes alzar.

D. Fern. *(Con vehemencia.)*
¡Padre!... ¡Padre!... Yo salvé
en tán crítico accidente
á una muger inocente,
que nunca rebelde fué.
(Con entusiasmo.)
Cristiana es, pura, leal,
de Albenzar la hija. Es portento
de virtud y entendimiento,
un encanto celestial.
(Cae de rodillas á los pies del padre.)
...Y... Padre, padre, perdon.

...Es la esposa de tu hijo.

Conde. (*Atónito.*) ¿Qué es lo que tu labio dijo?
¿Esposa tuya?... ¡Oh baldon!
(*Con gran ansiedad.*)
¿Cuándo?... Acaba... ¿cómo pudo...?

D. Fern. (*Ahogado.*) Cuando nos halló el sargento,
se elevaba á sacramento
nuestro indisoluble nudo.
En un lugar de mi estado
nos ha unido á ambos á dos
el sacerdote ante Dios,
con el rito acostumbrado.

Conde. Tú, ¿de una morisca?... dí?

D. Fern. Dios santo es de ello testigo.

Conde. (*Furioso.*) ¡Infeliz!!! Yo te maldigo.

D. Fern. (*Aterrorizado.*)
¡Padre!!!... ¡Qué horror!... ¡Ay de mí!
(*Cae al suelo.*)

Conde. (*En actitud amenazadora, y con terrible furor.*)
Vuele al cadalso la infiel,
y que del verdugo el brazo
rompa y destroce ese lazo,
dogal para mí cruel.
(*Yéndose precipitado.*)
Que no se retarde mas
el suplicio, ni un instante.

D. Fern. (*Arrastrándose tras de su padre.*)
Como esposo, como amante,
debo tambien...

Conde. (*Volviendo con rapidez.*)
Morirás. (*Vase.*)

Sale MARIA, y estrecha en sus brazos á don Fernando.

María. Todo lo escuché... ¡Dios mio!
De bronce ó de mármol soy,
pues lo escuché y viva estoy.
¡Oh crueldad!... ¡Oh padre impio!
Fernando... Fernando... Esposo...

D. Fern. Mejor dime tu verdugo:
pues darme al destino plugo

tormento tan espantoso.
Yo... Sí, de tu perdicion
soy la causa...
(*Desesperado.*)
¡Horrible suerte!
pues que te arrastro á la muerte
con mi necia indiscrecion.
De mi padre la violencia,
para romper nuestro lazo,
á apresurar corre el plazo
de la espantosa sentencia.

Maria. ¡Fernando!

D. Fern. Ya no hay piedad,
cerróse toda esperanza.

Maria. Aun tengamos confianza
en la celeste bondad.

D. Fern. Me horrorizo, me confundo...

Maria. Si te salvo con mi muerte
como ya espero, mi suerte
es la mas feliz del mundo.

D. Fern. ¿Yo sin tí la vida?... No:
juntos al cielo volemos,
que allí el amparo tenemos
del que al hombre redimió.

Salen EL ALCAIDE, y DOS ALABARDEROS.

Alcaide. Si sois cristianos, venid,
que un religioso os espera
en la capilla de afuera:
vuestras almas prevenid.

Maria. ¡Fernando!... ¡Esposo!... ¡qué horror!

D. Fern. (*Con resignacion y dignidad.*)
Pura, angelical Maria,
sea la Virgen nuestra guia,
y muramos con valor.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

El teatro representa el gran salon del consejo. Salen el COMENDADOR y el SECRETARIO.

Comend. Terrible es la situacion
del conde de Salazar.
¿Es cierto que fué á apurar
su desdicha á la prision?
Secretario. El hijo á reconocer,
pues aun dudaba que él fuera,
entró en la torre.
Comend. Quisiera
poderle en algo valer.
¡Tal afrenta!... ¡Desdichado!
¿Su hijo heredero traidor?...
¿A mancha tal en su honor
qué objeto le habrá llevado?
Parece imposible.
Secretario. Es cierto.
Yo juzgo que alguna cosa
escondida y misteriosa
reina en tanto desconcierto.

Sale el MARQUES DE CARACENA, apresurado.

Marques. ¿Dónde... dónde el conde está?
Secretario. No ha vuelto de la prision.
Marques. Muy terrible agitacion
cundiendo en el pueblo va,
y es preciso...
Secretario. El conde viene.
Comend. (*Mirando á la entrada.*)
De un cadaver insepulto
mejor dijérais el bulto:
de un espectro el aire tiene.

Sale EL CONDE DE SALAZAR, demudado y descompuesto, y sin reparar en nadie se arroja despechado en un sillon.

Comend. (*Acercándose con timidez.*)
Señor conde... ¿y es verdad...?
Conde. (*Con terrible acento.*)
Al cadalso esa muger.
Pronto, pronto.
Marques. (*Con firmeza.*) Puede haber
alguna dificultad.
Conde. (*Furioso.*) Ninguna. Al cadalso luego.
De este peso me liberte,
que hoy me abruma, con su muerte.
Marques. (*Acercándose.*) Señor, escuchadme os ruego.
La morisca está casada.
Conde. (*Fuera de sí.*) ¡Infamia!... ¡afrenta! El sayon
tal lazo de maldicion
romperá.
Marques. (*Con teson.*) Queda salvada
siendo su esposo cristiano:
la ley terminante es.
Conde. No en este caso, marques.
Marques y Comend. Considerad...
Conde. (*Levantándose, y con actitud y tono de dominio.*)
Es en vano;
que la sangre de Albenzar
se estermine manda el rey,
y esta es la suprema ley
que cumplida ha de quedar.
Voces dentro. Detente.
Otras dentro. Atrás.
Otras dentro. ¿Estás loca?
Felisa. (*Dentro.*) Entraré aunque os pese á vos,
que el paso abre siempre Dios
á quien su justicia invoca.
Marques. (*Sobresaltado.*) ¿Qué alboroto puede ser...?
Comend. (*Mirando afuera.*)
Las guardias atropellando
hasta aqui mismo va entrando
frenética una muger.

Felisa. (*Dentro, pero mas cerca.*)
Dios me envia: respetad...

Voces dentro, pero cerca. Atrás... Pronto.

Felisa. (*Dentro.*) Es inocente,
y Dios justo no consiente...

Marques. (*Decidido, acercándose á la entrada.*)
Guardias, el paso dejad.

Sale FELISA, muy agitada y descompuesta.

Felisa. (*Fuera de sí.*) No es morisca, que es cristiana.
De Albenzar no es hija, no:
del trueque culpa soy yo:
es de sangre castellana.

Comend. y Secretario. ¿Qué dice?

Marques. (*Con viveza.*) ¿Qué?...

Conde. ¡Oh confusion!

Marques. (*Acercándose á Felisa con mucho interés.*)
Habla, muger.

Conde. (*Agitado.*) Habla, dí.

Felisa. Se vale el cielo de mí.
Prestad, que os cumple, atencion.
(*Con rapidez.*)
Ha dieciocho años
que estando una noche
con mi amado esposo,
que del cielo goce,
sola en mi cabaña,
en aquellos montes
que en sus hondas quiebras
á Alajuár esconden,
tocó fatigado,
perdido en el bosque,
huyendo la furia
de unos salteadores,
pidiendo socorro,
á mi puerta un hombre.
Bajó de un caballo,
y en la choza entróse;
y al desembozarse
demostró en su porte
ser hombre de cuenta,

que esto se conoce.
Ví que un envoltorio
resguardaba, donde
de un recien nacido
noté los clamores.
Pregunto curiosa,
me acerco, y mostróme
un ángel del cielo,
una niña, entonces
de dos ó tres dias,
con tales facciones,
con tanto atractivo
de celestes dotes,
que con sus encantos
el alma robóme.
Presentéle el pecho,
y ansiosa tomóle;
(tres meses habria
que de mis amores
el fruto perdiera)
y la niña hallóse
tan bien en mis brazos,
que al momento el hombre,
si queria encargarme
de ella, preguntóme.
Con el alma, dije;
y él repuso entonces:
Ya está cristianada,
Maria es su nombre.
y de vuestras dichas
puede ser el norte.
Mas secreto importa,
que un misterio esconde
que interesa mucho
á grandes señores.
Yo volveré á veros,
pues que ya sé dónde.
Y algunas monedas
dándome, partióse.

Marques. (*Muy agitado.*) Acabad.

Felisa. Yo loca,
no por tales dones,

sino con la niña,
á poner fuí en orden
sus ricos pañales,
que decian á voces
ser aquella prenda
de sangre muy noble.

Marques. (*Con ansiedad.*) ¿Y qué hiciste?... díme.
¿En dónde está?... ¿dónde?
Infeliz, acaba,
que el alma me rompes.

Felisa. A los pocos dias
de parto murióse
de Albenzar la esposa,
y proposiciones
de criar su hija
me hicieron. Entróme
deseo, llevada
(que al cabo era pobre)
de obligar con ello
á Albenzar, al hombre
de mayor riqueza
en aquellos montes,
y amo, á quien servian
tambien de pastores
mi padre ya viejo,
y mi esposo aun jóven.
Accedí, encarguéme
de la crianza doble,
tomé á la morisca,
y á las pocas noches
tuve la desgracia
de que diera un golpe,
mientras yo dormia,
cayendo del borde
de la cama al suelo,
que la muerte dióle.
Yo desatentada,
confundida entonces,
de Albenzar temiendo
los justos furores;
y no habiendo vuelto
á ver á aquel hombre,

que la otra criatura
me trajéra...

Marques. Acorte
palabras tu labio,
escuse razones.
Le diste por hija
la niña del bosque.

Felisa. Sí, señor. Confieso
mi delito enorme.
Le engañé. Y á poco
con ella llevóme
á su casa, y nunca
de mí separóse.

Marques. (*Aparte.*) ¿Cómo yo encontrarla
con morisco nombre?
(*Alto á Felisa.*)
Infame... ¿la hiciste
morisca?... Responde

Felisa. (*Con fervor.*) La crié cristiana,
que aunque nací pobre,
de cristianos viejos
y de raza noble
castellana sangre
por mis venas corre.
Cristiana, inocente
es esa que atroces
habeis condenado.
Dios os lo perdone.
(*Profunda sensacion.*)

Conde. ¡Oh cielos!... Respiro.

Morques. ¿Y encontraste sobre
la niña... en sus ropas?...

Felisa. En un lienzo doble,
este pergamino
y esta cruz.

(*Saca del pecho un pequeño pergamino escrito, y una crucecita de oro, que entrega al marques. Este reconoce uno y otro enagenado de gozo.*)

Marques. Rompióse
el velo angustioso,
al fin la hallé... ¿y dónde?
¡Ay hija del alma!

(*Dentro cajas.*)

¡Funesto redoble!

Conde. Volad, secretario,
suspended el golpe...

Marques. (*Con ansiedad.*) Volad, y rompiendo
sus duras prisiones,
vengan á mis brazos.

(*Vase el secretario.*)

Felisa. (*Enagenada de gozo.*)
¡Oh Virgen!... Salvóse.

(*Va á marchar, y la ase de un brazo y la detiene el conde.*)

Conde. Muger, decid, ¿es seguro
cuanto aquí habeis revelado?

Felisa. Yo por el crucificado
delante de Dios lo juro.
El vicario de Alajuár,
á quien yo en la confesion
hice esta declaracion,
me puede justificar.

(*La suelta el conde, y se va.*)

Conde. (*Deteniendo al marques.*)
¡Señor marques!...

Marques. (*Con viveza.*) Sí; es mi hija,
y de una ilustre señora:
no es posible entrar ahora
en esta historia prolija.
Basta decir que casado
yo con la madre estuviera,
si la muerte no la hubiera
á mi amor arrebatado.

Comend. (*Deteniéndolo tambien.*)
¿La niña, cómo quedó
en un abandono tal?

Marques. Porque mi estrella fatal
en ahogarme se empeñó.
Mataron los salteadores
al volver á mi criado,
y me quedé condenado
á mil dudas y temores.
Despues mil pesquisas hice
en vano... ¿cómo acertar

que era la hija de Albenzar
la que buscaba?... ¡Infelice!

Comend. Ya vienen.

Marques. (*Enagenado.*) ¡Dulces pedazos
del alma! (*Observando.*) ¡Ay!.. ¡su madre es!

Salen DON FERNANDO con CORBACHO, MARIA con FELISA, y detras GUARDIAS y PUEBLO DE VALENCIA.

D. Fern. (*Arrojándose á los pies del conde.*)
Padre mio: á vuestros pies...

Conde. (*Con gran ternura.*)
Toma, hijo mio, los brazos.
(*Se abrazan.*)

Maria. (*Arrojándose en brazos del marques.*)
¡Señor!... ¿Vos?...

Marques. (*Fuera de sí.*) ¡Oh prenda mia!
(*Pausa.*)
¡Oh conde!...

Conde. ¡Oh marques! ¡oh amigo!
Yo su santa union bendigo.

(*El conde empuja de un lado á don Fernando, y el marques de otro á Maria, para que se abracen.*)

Marques. (*Al conde.*) Será la heredera mia.

Comend. (*Enternecido.*) ¡Cielos!

Felisa. (*A Corbacho.*) Milagro es patente.

Corbacho. Lo es sin duda.

Comend. A la inocencia
siempre ampara la clemencia
del Dios santo omnipotente.

FIN DE LA COMEDIA.


3 0112 117464658